SIEGFRIED LENZ

El teatro de la vida

«Una conmovedora visión de la vida,
con toques de humor y llena de sabiduría.»
–Frankfurter Neue Presse

MAEVA

EL TEATRO DE LA VIDA

SIEGFRIED LENZ

SIEGFRIED LENZ

El teatro de la vida

Traducción:
ROSA PILAR BLANCO

MAEVA

Título original: *Landesbühne*
Diseño de cubierta: Romi Sanmartí

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Siegfried Lenz, 2009
© de la traducción, Rosa Pilar Blanco, 2011
© Maeva Ediciones, 2011
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9788415893196
Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L

UNA VISITA DE POSTÍN

—Mira esto, profesor —indicó mi compañero de celda—, ven y mira esto.

El hombre calvo con pendientes, situado junto a la ventana enrejada, señalaba hacia el patio de la cárcel, cuya puerta se abrió dando paso a un autobús azul. A lo largo del autobús estaba escrito con letras de imprenta «TEATRO REGIONAL»; dos estilizadas máscaras prometían una representación misteriosa y, en cualquier caso, amena.

—Lo sabía —dijo mi compañero de celda—, sabía que el Teatro Regional vendría de verdad.

El hombre al que habían asignado la segunda cama de mi celda y que había entrado diciendo: «Soy Hannes», parecía un sabelotodo. Cuando el autobús se detuvo y el primero en apearse fue un hombre vestido de escocés, informó:

—El director del Teatro Regional, se llama Prugel.

El director, con paso casi ingrávido, se dirigió hacia la figura enjuta que esperaba al autobús y abrió los brazos en un significativo ademán, pero el saludo se limitó a un apretón de manos que duró más tiempo de lo habitual. Karl Tauber, nuestro administrador, como siempre de traje oscuro, no pareció sorprenderse de que su invitado se limitase en un principio a quedarse parado acechando a su alrededor, examinando, pensativo, los cuatro edificios desiguales que componían la prisión de Isenbüttel. Resultaba obvio que con esos gestos sobrios explicaba la finalidad y características de los edificios, mientras el director asentía reiteradamente, pues quizá no le quedaran preguntas por hacer. En una ocasión encontraron razones para soltar unas breves risas.

—Seguro que esos vejestorios se conocen —opinó Hannes.

Su rostro expresaba una taimada diversión; imitó la forma de hablar del administrador, con esa «r» sonora que había llamado su atención en algunas entrevistas.

A una señal del director, bajaron del autobús los actores, entre los cuales también figuraban mujeres; la mayoría se quedaron parados como si estuvieran pegados con cola, como si acabaran de insuflarles una nueva vida. Al igual que el director, también ellos se limitaron

primero a mirar, algunos se daban codazos, sonreían sibilinamente, se llamaban la atención con los ojos sobre lo que veían. Uno de los actores se agachó, recogió un guijarro, lo frotó entre los dedos y se lo guardó en el bolsillo, seguramente como recuerdo. Un joven actor barbudo resumió el estado de ánimo general agarrando por la cintura a una colega de cierta edad y colocando en broma, delante de su cara, una mano con los dedos muy abiertos; después señaló hacia nuestra ventana y se creyó obligado a saludar.

—Fíjate en ese cretino, profesor —dijo Hannes.

El director de la compañía reunió a los actores y cedió la palabra al administrador del penal, que se limitó a un breve parlamento, al parecer para expresar un simple saludo de bienvenida; a continuación se volvió hacia un grupo de presos que regresaban de trabajar en el huerto de la cárcel. Algunos portaban herramientas, layas, rastrillos y también regaderas. No me engaño: al divisar a los actores, sus rasgos se iluminaron, se cruzaron saludos, unos saludos concisos, furtivos, ambiguos. Un gigante notoriamente alegre hizo como si acariciase su regadera con ambas manos.

—Ese es Mumpert —informó Hannes—, era árbitro, con demasiada frecuencia dejaba ganar a los que se mostraban más generosos con él.

Me llamó la atención un preso de buen aspecto que se parecía a Valentino, y que con gesto travieso ofreció su laya al administrador o insinuó que presentaba armas con ella.

—Bolzahn —comunicó Hannes—, mi amigo Bolzahn, que logró estar casado con varias mujeres a la vez.

Un pequeño furgón se detuvo ante el portón, solicitó entrada tocando la bocina, y después de abrirse la puerta rodó por el patio de la cárcel hasta detenerse junto al autobús, pero el administrador le hizo enseguida una seña para que continuara hacia el enorme edificio grisáceo en el que se ubicaba nuestro comedor. Se apearon dos hombres, ambos con mono, el administrador los saludó con un apretón de manos, los condujo al edificio y a su regreso invitó al director a seguirle.

—Será ahí dentro —informó Hannes—, en el comedor, ya están preparados bancos y sillas.

Para mi asombro, Hannes ignoraba la obra que se representaría y cuando los hombres con mono reaparecieron y comenzaron a bajar la carga apilada en el furgón, se encogió de hombros. Yo me preguntaba, extrañado, para qué servirían las cajas de cartón y los cajones y bastidores de madera que transportaban al edificio, por lo visto cajones vacíos, cajas vacías. Los hombres desempeñaban su trabajo con buen humor, simulaban agotamiento, se tambaleaban, fingían extenuación, sorprendentemente se arrojaban una caja de cartón y aparentaban andar a trompicones. Con las últimas piezas también los

ayudaron algunos actores. Hablando consigo mismo, Hannes murmuró:

—Deprisa, deprisa, pronto ocurrirá algo.

Nos sentamos ante una mesa tosca, cubierta de incisiones y muescas. Hannes liaba cigarrillos de sus provisiones secretas de tabaco; llevaba el delgado paquetito pegado a la espinilla, oprimido por un calcetín de color caqui. Cuánto tiempo, cuán meditabundo podía mirarme antes de hablar; de repente sacudía la cabeza, casi como si le costara creer lo que había averiguado de mí. A lo mejor reparaba en que su prolongada e inquisitiva mirada me desconcertaba; entonces decía súbitamente:

—La mitad, ahora ya llevas la mitad, profesor.

Yo lo confirmaba:

—Han pasado dos años.

—Son injustos —replicaba él—, la condena que os ha caído tanto a ti como a la mayoría de los de aquí es injusta. Créeme, un juez más comprensivo os habría absuelto a casi todos, os habría mandado a casa: inocentes. A ti también, profesor.

Como yo callaba, él me relataba mi historia, me recordaba el motivo de mi detención, muy bien informado, compasivo. Él sabía que yo había detentado un día una cátedra —aunque desconocía de qué materia—, y también se había enterado de que algunas de mis alumnas habían aprobado el examen final con la máxima calificación. Por desgracia, salió a la luz que esas destacadas alumnas habían pasado la noche conmigo; una compañera envidiosa lo hizo público. Para consolarme, Hannes adujo:

—Los envidiosos se castigan a sí mismos, créame, profesor.

Le propuse que me llamase Clemens, porque tuteándonos nos sentiríamos más cercanos y la cercanía ya venía dada por las circunstancias; él se limitó a mirarme con incredulidad y no quiso aceptar mi renuncia al título.

Hannes me cayó bien desde el principio, compartir la celda con él me parecía una suerte; de haber podido desear un compañero, habría sido alguien como él. No he conocido nunca a una persona aquejada de un cansancio tan invencible: Hannes necesitaba dormir a todas horas, se acostaba nada más desayunar, dormía antes y después de trabajar en el huerto, tras el paseo, mientras yo atendía mi diario; siempre escuchaba su respiración acompañada de suspiros. Me daba la impresión de que Hannes tenía que recuperar el sueño acumulado tras años de insomnio. A menudo contemplaba la cara del durmiente, un rostro candoroso que sugería inocencia, pero mientras mi simpatía por él crecía, no podía evitar pensar que era un artista, un artista recaudando multas. Cuando llovía, se apostaba en las carreteras de

salida de Hamburgo con una señal de «Alto, Policía» que se había agenciado y un anorak y ordenaba apartarse a un lado a los vehículos que, según su estimación, habían superado el límite de velocidad o, como él decía, habían infringido las leyes de tráfico. Hannes les permitía marchar con una multa que debían pagar en metálico, y no dejaba de asombrarse una y otra vez de la rapidez con que nuestros automovilistas estaban dispuestos a pagar. Si se lo solicitaban, emitía recibos en las páginas en blanco de su libreta. Su fuente de ganancias se secó cuando hizo señas para que se detuviera, al borde de la carretera, a un coche camuflado de la Policía.

Cuanto más tiempo nos pasábamos sentados frente a frente ante la pequeña mesa, más parecía aumentar la inquietud de Hannes, pues de vez en cuando se levantaba de un salto y se aproximaba a la ventana, asentía o sacudía la cabeza, y después de haber tomado nuevamente asiento, pasaba el dedo por las cifras y letras grabadas en la mesa, como si las acariciase, y se quedaba pensando. En una ocasión colocó su mano sobre mi diario y preguntó:

—¿Estás escribiendo un libro, profesor?

—Es mi diario —respondí.

—Pero seguro que ya habrás escrito un libro, ¿verdad?

—Oh, sí, varios; el más importante se titula *Tempestad e ímpetu*[1].

Él repitió el título, sonrió y preguntó:

—Y ¿aparecían en él tus alumnas?

—Trata de escritores jóvenes e impacientes, de su intento de liberar a las personas.

—¿Liberar?

—De la opresión y de la servidumbre, y de las convenciones.

—Suena bien. Y ¿qué es lo que propugnaban?

—Naturaleza. La Naturaleza era el lema de la época.

—O sea, ¿bosques y prados?

—No, no, ellos se referían al sentimiento y a la pasión, y también a la fantasía.

—Y ¿escribiste un libro sobre eso?

—Me costó años.

—Y ¿te ganabas el pan así?

—También daba clases, tres veces por semana.

—¿De la tempestad y el ímpetu?

—De eso también, sí.

—Me habría gustado escucharlas.

No se me pasó por alto que en una ocasión, cuando estaba junto a la ventana, levantó la mano y dirigió varias veces un saludo hacia abajo, hacia el patio, con los dedos corazón y anular estirados, pero no

era un saludo accidental, como descubrí pronto, sino un aviso, una señal, que repitió varias veces y cuya confirmación esperó, y tras haberla recibido, supongo, se volvió hacia mí y dijo:

—La cosa marcha, profesor, la cosa marcha, pronto ocurrirá algo.

Se tumbó en su cama, cruzó los brazos debajo de la cabeza y clavó los ojos en el techo; parecía conforme con esa insinuación, así que no seguí preguntando. También en esta ocasión consiguió dormirse.

Yo me senté ante mi diario, pasé las hojas hacia atrás y releí mi anotación sobre la brevísima conversación con el señor Tauber, nuestro administrador. Este, durante un encuentro tras pasear por el patio, me había preguntado de sopetón qué pensaba yo de *Effi Briest*.

—Un gran libro, un escritor excelente —le contesté.

Asintió complacido y entonces supe que el señor Tauber era un lector. Tras una mirada a mi compañero dormido, hice algunas anotaciones sobre él: yo lo llamaba N —esa simple letra me bastaba como clave—, mencioné su asombroso cansancio y su conocimiento sobre los demás y sobre lo que aquí sucedía, un conocimiento que a veces me inquietaba. Dediqué una página entera a una tarea pendiente: tomé conciencia entonces de que había descuidado documentar de qué habían vivido en su día los miembros de Tempestad e ímpetu, los Klinger y Hamann, Maler Müller y el pobre desgraciado de Lenz; decidí escribir un capítulo adicional para una nueva edición de mi libro, ya considerado una obra fundamental: Cómo se ganaban el sustento.

Al despertar, Hannes gruñó malhumorado, giró la cabeza a un lado y otro, estiró los brazos, hizo movimientos oscilatorios con el cuerpo y rodó fuera de la cama. Sin prestarme atención, escudriñaba a su alrededor como si quisiera averiguar qué había que hacer primero.

Se aproximó al lavabo. Sobre el estante reposaban nuestros objetos personales, los utensilios para afeitarse, el cepillo de dientes, loción de afeitar, dos jaboneras… Hannes había juzgado necesario dividir el limitado espacio para que no hubiera dudas: un lado para él y otro para mí. Acometió la división con aspereza, y tuve que aceptar que tratase mis cosas con desdén. Después de haber acomodado todo y haberlo colocado en el orden apetecido, comenzó con su entrenamiento, con sus ejercicios de gimnasia: flexiones de cintura, de rodillas, girar los brazos por las articulaciones del hombro y una especie de carrera sin moverse del sitio levantando las rodillas tan alto que le rozaban el pecho. Tras hacerme un guiño, dijo:

—Deberías imitarme, profesor, fortalece los miembros.

EL LABERINTO

Nos sobresaltaron unos pitidos estridentes, martilleantes, apremiantes e imperiosos. Hannes interrumpió en el acto sus ejercicios y me arrastró hacia la puerta de la celda, que se abrió. Salimos a la plataforma de hierro que discurría afuera al mismo tiempo que los presos de las otras celdas, que saludaban inclinando la cabeza, cruzaban sonrisas y seguían las indicaciones de los guardias. Permanecíamos callados, no estaba permitido hablar. Percibí una expresión de expectación en algunos rostros, que se transformó cuando resonó la llamada de una campana lejana, procedente del patio de la cárcel, supuse; todos los que esperaban se movieron, trotando sosegadamente hacia la enorme escalera y bajaron al vestíbulo en dirección a la salida. Yo caminaba junto a Hannes. No me asombraba la frecuencia con que lo saludaban; muchos rostros exhibían una expresión de alegría anticipada. Cuando pasamos junto al autobús de la Compañía de Teatro Regional, mi compañero me llamó la atención sobre los carteles pegados en la parte interior de las ventanas: informaban sobre la programación de la compañía impresa en letras grandes, y en letras más pequeñas se leían también los nombres de los actores.

—Mira eso, profesor, recorren el país con esas obras.

La Compañía de Teatro Regional hacía propaganda de *El cántaro roto, Un tranvía llamado deseo* y otra obra cuyo título nunca había oído: *El laberinto*.

—Seguramente veremos alguna de esas —opinó Hannes.

—Ojalá sea *Un tranvía llamado deseo*, es una obra maravillosa, americana —añadí.

En el comedor todo estaba listo: las largas mesas arrimadas a las paredes, los bancos, colocados en filas, orientados hacia el escenario, o más bien una especie de escenario auxiliar en el que se había convertido el frente elevado del comedor. Allí volví a ver las cajas de cartón y los cajones y bastidores fabricados con tablones de madera. Apilados con método, formaban paredes hasta la altura del pecho, figuraban un corto camino curvo; no se distinguía adónde conducía, pero en cualquier caso cabía suponer que alguien que recorriera ese

trayecto volvería al punto de partida tras algunas vueltas.

Al contemplar ese extraño decorado, los presos no paraban de especular, regocijados, mientras se abrían paso entre las filas de bancos. Escuché las palabras «ratonera», «corral» y «laberinto», la fantasía de los presos era muy ilustrativa. Hannes quiso que nos sentásemos juntos, no paraba de inventar nombres para el decorado o de imaginarse para qué podría servir, y a veces quería que yo confirmase sus conjeturas. Total, que todos habían encontrado asiento, ya solo había espectadores que cuchicheaban entre ellos y reían; vi a uno que hacía muecas, pero tampoco se me escapó que en ese ambiente de regocijo se hacían señas de un banco a otro, se exhortaban, se avisaban, pedían paciencia y buen ánimo. Parecía un acuerdo conspirativo lo que allí acontecía.

Cuando el administrador Tauber subió al escenario, las conversaciones enmudecieron. Uno se atrevió a aplaudir, pero nadie secundó su aplauso.

—Mumpert —susurró Hannes—, el que ha aplaudido es Mumpert, el antiguo árbitro.

El administrador mostró un punto de orgullo, sonrió satisfecho y enseñó sus portentosos dientes de rastrillo; también se adivinaba un asomo de vanidad. Su alocución fue muy meditada; no decía «queridos presos» sino «queridos residentes de Isenbüttel»; después hizo una breve reverencia ante el director y le dio la bienvenida a él y a la Compañía de Teatro Regional. Juzgó necesario mencionar que sus superiores habían aprobado su plan de invitar a una compañía teatral a representar en la fortaleza de la cárcel una obra que proporcionase a todos una idea de los problemas del exterior, del mundo, de las fatalidades, equivocaciones y conflictos que hay que superar. Después pronunció una frase que me resultó muy conocida: «Sobre el escenario también está en juego tu causa, que se explica y debate mediante la contemplación», dijo, lo que me obligó a pensar que esa frase la había escrito yo mismo, en mi obra fundamental sobre Tempestad e ímpetu. El señor Tauber me había citado, aunque había evitado mencionar la fuente.

He pensado a menudo qué habría sucedido si él hubiera mencionado al autor, si le hubiera saludado con la cabeza, si le hubiera dado las gracias, qué consideración me habría deparado entre mis compañeros de haber ocurrido tal cosa. ¿Se habrían levantado para aplaudirme o me habrían escudriñado con repentino recelo?

El señor Tauber hizo como si esa frase fuera de su propia cosecha, y aseguró al director de la compañía que los espectadores allí reunidos rebosaban gratitud. Los espectadores lo confirmaron en el acto con aplausos, silbidos y algunos pateos. La ruidosa aprobación finalizó cuando el administrador y el director intercambiaron un apretón de

manos que equivalió a un juramento. Luego habló el director en una charla improvisada.

—Queridos espectadores…

Y subrayó la enorme alegría que suponía para él y su compañía actuar en un lugar en el que, por motivos conocidos, reinaba la seriedad y la monotonía del día a día. Conocer otra vida y de una manera amena: a eso invitaba el teatro. Traía el mundo a casa; en cierto modo, también preparaba para el mundo. La pieza elegida para ese día se titulaba *El laberinto*.

—Concebida y escrita por el poeta hamburgués Henry Watermann, desaparecido desde su sexto viaje a Oriente.

El director de la compañía no añadió nada más, limitándose a desear unas horas amenas a todos los asistentes. Tras su salida se apagaron las luces del comedor, solo una luz tenue iluminaba la escena.

SE INTERRUMPE LA REPRESENTACIÓN

Mientras en el proscenio colocaban muebles con método, apareció un hombre muy atildado que tras una exagerada reverencia comenzó a explicar la puesta en escena, dándose mucho pisto, como si estuviese inventándolo todo en ese instante. Señaló las cajas y cestas apiladas.

—Aquí, queridos amigos del teatro, ven ustedes un laberinto, un modelo de artística confusión, situado en el jardín de un comerciante de Hamburgo a quien se lo regaló Omar Ibn Chayem, su socio comercial persa. En esta construcción —dijo— uno puede perderse de manera misteriosa.

Comentó la salida a escena de dos actores entrados en años con la frase:

—Y aquí tenemos a Elfi y Trudi, dos maestras jubiladas que habitan con su tío en la casona de Elbhang. Ambas se malcrían con pastas de té.

Con una nueva reverencia, se despidió a la par que retrocedía.

—Fíjate, profesor —susurró Hannes—, esos dos carcamales se visten como gemelas, los dos de rosa.

La súbita aparición de un policía suscitó una ligera inquietud en ambas hermanas, pero ofrecieron al amable funcionario una taza de té. El policía dio las gracias y mostró un interés primero casual, luego imperioso, por el entorno; cuando una de las maestras preguntó:

—¿Busca algo concreto?

Él contestó:

—Hemos recibido en comisaría el aviso de una desaparición, un jardinero, padre de cuatro hijos, se afirma que lo vieron aquí por última vez.

Las hermanas se mostraron afectadas, simularon desconcierto, ambas se acercaron al policía que inspeccionaba arbustos y setos y que finalmente se detuvo, desconcertado, ante el sencillo laberinto, una construcción carente de pretensiones.

—Caminos —dijo—, ahí hay caminos sinuosos, ¿pueden explicarme esto?

—Un regalo —informó la maestra más mayor—, es un laberinto para jugar que Omar Ibn Chayem, socio comercial de nuestro padre, le regaló por su cumpleaños. Dentro puedes extraviarte, pero es muy divertido. Según supimos, este laberinto desempeñaba un importante papel en las grandes festividades. Se invitaba a los participantes a explorarlo, y sus paredes estaban cubiertas de espejos y conchas.

El policía, esbozando una sonrisa con desdén, dijo:

—Bueno, pero al final seguro que todos encontraban la salida.

—Por lo visto no, alguno que otro desaparecía sin dejar rastro, contó en su día el señor Omar.

No me parecía nada extraordinario lo que hablaban en el escenario; a diferencia de Hannes, que, divertido, soltaba risitas ahogadas, la narración me parecía verosímil —recordé elementos fabulosos de Oriente—, una narración que celebraba lo fantástico, más aún, una historia en la que lo fantástico se transformaba en realidad.

El policía vaciló un instante ante el laberinto, las maestras se miraron preocupadas y se cogieron de la mano cuando el policía declaró con tono decidido:

—Bueno, en ese caso vayamos al fondo del asunto.

Justo cuando entraba en el laberinto, uno de los espectadores aplaudió y una voz gritó:

—¡Adiós!

Se apagó la luz, durante un rato nos quedamos a oscuras, yo creía que la representación ya había finalizado cuando resonó una canción, procedente, no hace falta decirlo, de un gramófono situado sobre el escenario; un tenor cantó *Hasta la vista, no estés fuera mucho tiempo*. Algunos espectadores tararearon la canción. Una vez concluida, volvió a encenderse la luz y se presentaron las dos maestras vestidas de negro. En medio del significativo silencio resonó de pronto un grito, un doliente y lejano grito de socorro. Me di cuenta al instante de que era el policía el que gritaba.

La conversación de las hermanas lo dijo todo. Tal como yo sospechaba, ellas esperaban que el policía se extraviara y no volviera a encontrar la salida.

—Lo ves —dijo una de ellas, la que respondía al nombre de Trudi —, el laberinto todavía funciona.

Y Elfi, la otra:

—Nos han encomendado algo, querida hermana, algo extraño que puede utilizarse según convenga o se desee. Podemos hacer desaparecer lo que nos aflija, a nosotras o a otros, con ayuda de nuestro laberinto podemos velar para que la gente lleve una vida ordenada. Quien no merezca figurar entre las personas honradas, será enviado allí dentro.

—A lo mejor podemos hacer ofertas —repuso Trudi—. El que tenga interés en separarse sin alboroto de un semejante o en hacerlo desaparecer con igual sigilo, puede dirigirse a nosotras. Haremos que nos explique su necesidad, y la valoraremos de acuerdo con un baremo, y al que suspenda lo llevaremos al laberinto.

Hannes, incapaz de mantener la boca cerrada, soltó una risita, meneó la cabeza, cruzó las manos y dijo:

—Escucha a esos dos carcamales, profesor, a esos les falta un tornillo.

—No debes tomártelo en serio —le advertí—, es puro juego, teatro. Estimo que el asunto se pondrá interesante cuando aparezcan los primeros interesados, cuando se dicten sentencias. Espera a ver qué sucede después de la pausa.

UNA DESPEDIDA

El hombre emperejilado reapareció en un escenario en penumbra. Parecía satisfecho. Miraba sin cesar a las filas de espectadores, esperando, tal vez, que le devolvieran su satisfacción como si fuera un eco. Luego anunció un descanso de quince minutos para fumar, con la aprobación excepcional de la dirección, aunque solo en el patio. Ese comunicado le valió un aplauso. Entre murmullos y arrastrar de pies, los espectadores se levantaron presurosos para dirigirse hacia la salida, ofreciéndose sus provisiones secretas de tabaco.

Yo deseaba quedarme sentado, pero Hannes me empujó y, colocándome una mano encima del hombro, me exigió con energía que lo acompañase.

—Vamos, profesor, ahora es cuando la cosa se pone seria.

En el patio, no me permitió quedarme quieto, pasamos junto a fumadores apresurados, me condujo hacia el autobús de la Compañía de Teatro Regional, la puerta central estaba abierta, vigilada por el antiguo árbitro Mumpert, que cruzó una sola palabra con Hannes, una consigna según supuse, y a continuación me introdujeron en el autobús. No hice el menor intento de resistirme, y cuando pregunté qué significaba todo aquello no recibí respuesta alguna. Una docena de compañeros estaba ya dentro, en silencio, algunos encorvados; Hannes no me dejó solo. Abriéndose paso entre nuestros compañeros con brusquedad, se dejó caer en el asiento del pasillo. El último en subir fue Mumpert, que cerró la puerta y se sentó al volante, rápido, experto, igual que el conductor del autobús que yo cogía para regresar a casa. Sin poner todavía en marcha el motor, Hannes se levantó y con tono imperioso exigió silencio, absoluto silencio, y después ordenó agacharse a todos, agacharse mucho; descontento con mi postura, gritó:

—¡Tú también, profesor, desaparece, vamos!

Me quedé inmóvil sin mirar hacia fuera, el autobús vibró y se puso en marcha. En mi imaginación lo vi rodando hacia la puerta de madera y me dije: Enseguida veremos si el hombre de la garita la abre. Tras dos bocinazos la abrió y gritó a su colega, que estaba junto a la ventana abierta:

—Son los cómicos del Teatro Regional.

El autobús bajó deprisa por la calle inclinada, nosotros nos incorporamos, algunos aplaudieron, profirieron gritos de triunfo, de alegría. Sobre el lago lejano se cernía un crepúsculo de ensueño. Hannes vino hacia mí y me tendió la mano, como si deseara felicitarme.

—Lo ves, profesor, viajamos hacia el crepúsculo.

A pesar de que no nos perseguían, Mumpert conducía a gran velocidad, el autobús daba tumbos, se ladeaba en las curvas; nosotros, en el interior, zarandeados de un lado a otro, nos teníamos que agarrar a los asientos. En la carretera flanqueada por olmos que conducía a Grünau nos adelantaron dos turismos. Sus ocupantes nos saludaron con la mano riendo e hicieron gestos señalando hacia delante, como si se apresurasen, gozosos, hacia el lugar de una cita común. Tras cruzar un puente, vimos la pancarta tendida por encima de la carretera: «Grünau os da la bienvenida a la Fiesta del Clavel».

—Fíjate, profesor, nos dan la bienvenida —dijo Hannes.

Le pregunté adónde íbamos, si teníamos un destino fijo, y él se limitó a mirarme sin comprender.

—¿Un destino, profesor? Salir de la jaula es el destino.

La mayoría de las casitas de Grünau estaban adornadas con claveles, en las ventanas se veían ramos de dichas flores, en las puertas lucían grandes claveles de colores recortados en papel, vi a una niña pequeña que iba vestida como un clavel monstruoso; el clavel reinaba y triunfaba en todos los lugares sobre los que caía la mirada. Nosotros estábamos lejos de Isenbüttel, habíamos dejado atrás la cárcel.

LA FIESTA DEL CLAVEL

En las proximidades del ayuntamiento avanzábamos con mucha lentitud, grupos de vecinos de la localidad —alegres, cogidos del brazo— se esforzaban por llegar al edificio de techo de paja sobre el que ondeaban distintas banderas con estilizados claveles. Cuando nos detuvimos delante de la entrada, observé cómo se levantaba un tumulto, un tumulto de alegría, y una y otra vez resonaba el grito:

—¡El Teatro Regional, es el Teatro Regional, el Teatro Regional ha venido a nuestra fiesta!

Se escuchaban aplausos y saludos de bienvenida, y cuando los primeros de nosotros se apearon del autobús tuvieron que aguantar los abrazos, los palmeos, los choques de mano de algunos lugareños cuyo entusiasmo había aumentado el aguardiente.

Entonces Mumpert cuchicheó a Hannes:

—Ahora haremos mutis por el foro…

Se ganó un codazo de Hannes en las costillas.

—No podemos ofender a esta gente —replicó—, tenemos que quedarnos aquí, esperar.

Nos condujeron a unas mesas adornadas con claveles, las mesas más largas que yo había visto; sobre ellas se veían conjuntos de diferentes botellas para servirse a voluntad. Apenas nos sentamos los seis a la mesa, apareció un hombre bajo de barba plateada, Jens Uhlenkopp, el alcalde de Grünau. Le costaba expresar su satisfacción. Con frases entrecortadas y balbuceos, declaró que ese era un día grande para Grünau, que todos consideraban un honor la aparición del Teatro Regional, a pesar de que ese día estaba dedicado al clavel, flor que había proporcionado fama al enclave en la región y también —recordemos el comercio de flores— riqueza. Inclinado hacia nosotros, quería saber con qué pensábamos deleitar a los vecinos y, escudriñando nuestros uniformes de internos de Isenbüttel, dijo:

—Porque ya vienen ataviados para la representación.

A continuación nos quedamos un momento sumidos en sincera confusión. Hannes nos sacó del apuro.

Él, que cantaba en el coro fundado por el señor Tauber, contestó:

—Primero algo melodioso, para empezar pensábamos en canciones

de presidiarios.

—No suena mal —comentó el alcalde—, estamos dispuestos a escucharlas.

Hannes, mi compañero de celda, habló tranquilamente con unos hombres, consultó con ellos, al parecer dispuso algo, por último habló con insistencia a su amigo Bolzahn, que desde hacía tiempo tenía que pasarse sin sus distintas mujeres. Bolzahn desapareció en el acto y fue a buscar al conserje. Reapareció tocando un acordeón. Esa fue la señal para nuestros cantores.

Subieron al escenario formalitos, faltaría más, se colocaron en la posición de costumbre y esperaron la señal de entrada, que Bolzahn dio tras un breve preludio. Yo no daba crédito a mis oídos, mis compañeros estaban cantando en público la canción *Dios envía al vasto mundo a quien quiere manifestar estima*[2]. No sonaba esperanzada o consoladora, sino desafiante y expectante. El aplauso que recibieron no los animó a hacer una reverencia, sino a exhibir sonrisas sardónicas y a propinarse codazos; y como parecían preguntarse, inseguros, si debían cantar una segunda canción, el público los sacó de la duda.

—¡Otra! —gritaron desde la sala de espectadores, y después rítmicamente—: ¡O-tra! ¡O-tra!

A Bolzahn se le notaba que estaba pensando, y después de haber elegido en silencio, los cantores acompañados por él nos deleitaron con *Un cazador de Kurpfalz*. Los aplausos más arrebatados procedían de un hombre con uniforme de policía que llevaba un clavel en el ojal de la chaqueta.

Jens Uhlenkopp, que no podía quejarse de la popularidad que disfrutaba como alcalde, fue aplaudido cuando se dirigía hacia el escenario. Comenzó su discurso con las siguientes palabras:

—¡Vaya, vaya! —Y después volvió a explayarse con las acostumbradas frases entrecortadas sobre el clavel, mencionó su antigüedad y su belleza, subrayó que maestros imagineros lo eternizaron en los santos, sin olvidar que la juventud universitaria le dio un nombre propio, y anunció que se esforzaría por enriquecer el emblema de Grünau y las señales indicadoras de la población con el añadido «ciudad de los claveles». Mirando al suelo con modestia, soportó la salva de aplausos, y luego deseó buen apetito en la comida; pero se corrigió al punto y señaló que antes había que admirar a un artista que ya había cosechado triunfos en la televisión, Peter-Paul Zunz.

—¡Ese tal Zunz es ventrílocuo! —me susurró Hannes—. ¡Esa es su especialidad! Visitaba a ancianas impedidas a las que se presentaba como un pariente lejano, un pariente que, sin quererlo, había caído en la miseria, y su esperanza de caridad raramente se veía defraudada.

El ventrílocuo ofreció al público una clase de aritmética. Un gran guante blanco representaba al alumno, un chico, según pareció al principio, asombrosamente retrasado en los estudios. No conseguía sumar diecinueve y siete, fracasó en la tarea de restar nueve de treinta y uno y cuando se le pidió que multiplicase once por once, rompió a llorar; sus lágrimas parecieron auténticas. Pero el alumno —aún recuerdo su cara pálida, taimada—, por lo visto incapaz de resignarse a la derrota, solicitó que le permitieran hacer una pregunta, y como accedieron, quiso saber cómo era posible sumar once peras y cuatro manzanas. Entonces el ventrílocuo, fingiendo penosa ignorancia, intentó responder con evasivas a la pregunta de qué resultaría si se sumaban dieciséis chicos y cinco chicas, y cuando el alumno se limitó a decir con tono seco:

—Nuestra clase, la 4.ª, le felicitaría. —Los oyentes aplaudieron.

La comida consistió en salchichas con ensalada de patata, y el que quiso recibió además pepinillos en vinagre. Los compañeros demostraron a los lugareños que desear buen provecho estaba de más.

Me asombró que fuera Hannes el que trajese a la sala una orquesta de tres miembros, muy jóvenes, que seguro pertenecían a una banda musical de aficionados y que por un motivo que solo ellos conocían se llamaban «Los faroleros». Tocaban regocijados y complacidos, y cuando algunos vecinos se aventuraron a salir a la pista de baile, nada contuvo ya a mis compañeros, al menos a la mayoría de ellos. Inseguros algunos, resueltos otros, se acercaron a mujeres y jóvenes del lugar y las sacaron a bailar; todas las solicitadas aceptaron. ¡Qué alegres idas y venidas, qué humor festivo!

Consideré llegado el final de esa fiesta cuando varios policías de Grünau entraron en la sala y, contemplando a los bailarines con desconfianza profesional, se llamaron mutuamente la atención sobre los bailarines más fogosos o sosegados y sopesaron la posibilidad de invitarlos a salir con una seña; fue interesante lo deprisa que su desconfianza coincidía con sus propósitos. Pero tampoco se me escapó el hecho de que tal o cual bailarín dejaba plantada a su pareja y se afanaba por dirigirse hacia la salida.

Peter-Paul Zunz, sobre todo, pareció llamar la atención de los policías, dos de ellos se le acercaron y, mientras bailaba, le colocaron una mano sobre los hombros y lo invitaron a acompañarles —lo que por lo visto molestó o incluso soliviantó al ventrílocuo, porque alzando la voz protestó contra esa insolente interrupción, según sus propias palabras, y preguntó si en Grünau habían olvidado la más elemental cortesía. La gente se fijó en la protesta, se mostró de acuerdo con su queja y tomó partido por él. Seguramente por ver la fiesta interrumpida, Jens Uhlenkopp, el alcalde, se levantó, reclamó paz y tranquilidad y pidió a los policías que actuasen con el tiento y la

moderación que la fiesta requería. Para terminar, se le ocurrió la frase:

—Cuando Grünau está de fiesta, todos están de fiesta, incluso nuestra policía, esto también debería manifestarse en el estado de ánimo.

Me llamó la atención que Hannes interpelase a todo aquel que se dirigía hacia la salida. Parecía interrogarlos brevemente, luego anotaba algo en una libreta, murmurando mientras escribía. Después, alzaba la vista, al parecer se hacía repetir lo dicho, asentía satisfecho, colocaba una mano sobre el brazo del hombre, en un gesto que parecía un pacto.

De repente apareció Hedwig, una mujer rechoncha, mofletuda, rubia y baja, de expresión bondadosa, y preguntó con una sonrisa:

—¿Cómo tan solo? —Y antes de que yo hubiera abierto la boca, añadió—: ¿Qué hacemos nosotros? Seguro que le gusta bailar.

Bailé con Hedwig; primero un vals reposado y a continuación un tango en el que su rostro se transfiguró, mostrando una expresión enérgica, incluso obstinada, movía bruscamente la cabeza, dejaba quieta una pierna con gesto desafiante, después volvía a moverse apropiándose del espacio, como si conquistase la pista de baile. En una ocasión dijo:

—Me llamo Hedwig.

A mí no se me ocurrió otra cosa que responder:

—Y yo, Clemens.

El nombre pareció gustarle, al momento quiso saber más: dónde estaba contratado, en qué teatro, en qué ciudad, ella había asistido por última vez al teatro en Neumünster, el protagonista de la obra —titulada, dicho sea de paso, *El amigo de la infancia*— guardaba un parecido sorprendente conmigo. Para no decepcionar a Hedwig, le conté que mi último papel había sido en una obra clásica, el del juez rural Adam en *El cántaro roto*; esto le interesó tanto que me pidió que le contara más detalles sobre ese juez, y sobre todo de mis experiencias, mis vivencias como actor. Me propuso ir a su casa, solo había que cruzar la calle, atravesar el parque; si me apetecía también podía invitar a un par de amigos, podían celebrar una fiesta en su casa. A mí me pareció suficiente ir solo.

Hedwig era la propietaria de la única pastelería de Grünau, que disponía de un amplio café; en el escaparate se ofrecían barquillos recién hechos, en la pared interior brillaba un acuario con peces ornamentales. La camarera, extremadamente joven, que atendió el pedido hizo una reverencia a Hedwig, que no me permitió elegir, pues encargó para mí un trozo de tarta de cerezas con cobertura de masa dulce desmigajada.

—Es nuestra especialidad.

No pude precisarle cuándo sería la próxima vez que yo pisaría las tablas; su disposición de viajar lejos para verme si llegaba el caso, me conmovió. Me explicó que alguna vez podía dejar solo a su personal, era un grupo que funcionaba bien, como una familia. No necesité preguntar por su marido. Con una indulgencia que traslucía una leve ironía, ella me confió que salía a la mar, no en goletas de navegación costera, sino que era marino de grandes travesías, y ahí bien podía suceder que uno olvidase de vez en cuando el nombre del puerto de origen del barco. Hedwig asintió con la cabeza:

—Así es, a veces en la vida ocurren cosas a las que hay que resignarse.

Ella dirigió mi mirada hacia fuera, hacia el pequeño parque donde aparecieron dos hombres, paseando, enfrascados en animada conversación. Uno de ellos, Hannes, hablaba con insistencia al alcalde de Grünau, que de vez en cuando escuchaba con expresión de incredulidad y se detenía, como si se hiciera repetir una frase. Sacudía la cabeza, reía, ambos reían, una vez sorprendentemente se dieron la mano, al parecer sellando algún acuerdo. Después de separarse, ambos se volvieron como si obedecieran una orden y se despidieron con la mano.

Cuando Hannes iba a pasar de largo ante el café, golpeé el cristal y le hice señas para que entrase. Él se alegró de verme diciendo:

—Vaya, estás aquí, profesor. —Me dio la mano, y mientras saludaba a Hedwig sonreía, insinuante.

Hannes pretendió que me había estado buscando, me indicó que iba a celebrarse un encuentro, un encuentro muy importante en nuestro autobús, aparcado abajo, a la orilla del lago, entre los alisos. Me propuso irme enseguida con él, para decepción de Hedwig, que no podía entender que tuviera que acudir a un encuentro supuestamente importante en el preciso momento en que uno desearía entregarse a los sentimientos que la fiesta de los claveles había despertado en todos. Hannes notó que tenía que consolar su desilusión, la trató de «querida señora», y con expresión de creíble aflicción explicó que en ocasiones él y sus compañeros tenían que respetar las obligaciones que tenían encomendadas. Sin ensayos no llegarían muy lejos en su trabajo, y ahora tocaba ponerse de acuerdo sobre los ensayos. No me quedó más remedio que admirar a Hannes, por sus impresionantes mentiras. Prometí a Hedwig regresar lo antes posible, y seguí a Hannes.

DECISIONES EN EL AUTOBÚS

El autobús, aparcado a la orilla del lago, bajo los alisos, ya no estaba lleno, faltaban más de la mitad de los compañeros que habían abandonado Isenbüttel. En cuanto apareció, algunos asaltaron a Hannes, proponiéndole partir sin demora, a Hannover, o a Düsseldorf, en cualquier caso lejos de Isenbüttel, lejos de Grünau; otros dos —y estos se mostraron intransigentes— propusieron por el contrario quedarse, al menos de momento. Observaron que alguno que otro ya había encontrado compañía en la población de Grünau, que la simpatía que despertaban por doquier era muy prometedora, que aquí estaban más seguros que en una carretera vigilada en la que sin duda se esperaba en muchos sitios el autobús de la Compañía de Teatro Regional. Hannes, que compartía esa opinión, me condujo a la parte trasera del autobús, ansioso por confiarme algo y conseguir mi aprobación para un plan.

—Presta atención, profesor, se trata de algo único y sin duda algún día se hablará de ello.

Tras cerciorarse de que nadie nos escuchaba, refirió que el alcalde había mantenido con él una conversación insólita, una confesión más que conversación, que al pronto le «dejó helado», según sus propias palabras. El alcalde dio a entender que era injusto que Grünau llevase una existencia sin pena ni gloria, aunque estaba llamado a destinos más altos; su ciudad tenía aptitudes para desarrollarse superándose a sí misma, para convertirse en un centro, un centro cultural que atrajese a visitantes de los alrededores y de lejos, incluyendo a los turistas camino de Escandinavia.

—¿Lo entiendes, profesor? Ese hombre es ambicioso y ya tiene planes; sus planes maduraron cuando el Teatro Regional llegó de visita; en nosotros, profesor, cree haber encontrado los ejecutores de su ambición, de su ambición de fundador.

—¿Y cuáles son sus planes? —pregunté.

—Un coro —contestó Hannes—. Al alcalde le gustaría fundar un coro de Grünau, él cree haber descubierto ya la base, además sueña con crear un museo pequeño, pero interesante, en el que exhibir la azarosa historia de Grünau, y, por último, desearía, el ejemplo lo

encontró en Kiel, fundar una universidad popular, y cree que conseguirá fácilmente los recursos necesarios. —Hannes me observó esperanzado, y al ver que callaba, exclamó—: ¡Venga, profesor! Al oír lo de la universidad popular pensé inmediatamente en ti. Imagínate: darías conferencias a voluntad, por ejemplo sobre canciones populares o sobre lo que dominas, sobre la tempestad y el ímpetu. —Me propinó un codazo de aliento—: ¿Qué me dices, eh? Te escucharían, te admirarían y te aplaudirían.

—Y tú ¿qué tarea has pensado para ti? —pregunté.

—El museo —respondió Hannes—. Podría colaborar en la instalación del museo de Grünau y más tarde quizá convertirme en conserje.

Yo no podía aprobar los planes de Hannes. Intenté convencerlo de que nuestras oportunidades se basaban únicamente en la clandestinidad, en el anonimato, y que cualquier aparición pública entrañaba un riesgo, a lo que él objetó:

—Te equivocas, profesor, el escondite más seguro es la luz pública.

Y me contó que ya se había fugado dos veces de Isenbüttel y que habían vuelto a capturarlo otras tantas, entre otras razones por haber descartado un cargo público; en una ciudad le habían ofrecido contar y anotar a los que aparcaban mal.

—Créeme, profesor, lo público ofrece protección, te permite ocultarte con la mayor facilidad.

Mientras reflexionábamos sobre esa afirmación, la puerta se abrió bruscamente y entró, armando barullo, Peter-Paul Zunz: el ventrílocuo llevaba algo debajo de una manta sobre lo que llamó la atención con una expresión de triunfo. Lo transportó hasta nosotros, en la trasera del autobús, echó la manta hacia atrás y dejó ver una sencilla caja de metal. Encima se leía, en letras negras, «AGD Grünau». Probó varias llaves, una funcionó y al ver varios compartimentos llenos de monedas, el ventrílocuo dijo:

—Ya no hay que preocuparse por la calderilla.

En un compartimento contiguo había dos rollos de entradas, que sacó diciendo:

—Estamos invitados al próximo partido de regional.

Hannes hizo un movimiento tajante, de rechazo. Desaprobaba lo que veía, gruñó, y cuando supo que la caja procedía del local social de la Asociación Gimnástica y Deportiva de Grünau —«estaba abierto, el local social estaba abierto»—, increpó a Zunz y le exigió que devolviera la caja en el acto. Cuando este le miró, Hannes ordenó, imperioso:

—Vamos, ¿a qué esperas? —Y como la incomprensión de Zunz persistía, agregó—: Hemos acordado nuestra propia estrategia, pero

eso tú no lo entiendes, devuelve eso, por todos nosotros.

¡El ventrílocuo se encogió de hombros y obedeció!

PERSPECTIVAS

No vi quién se metió primero en el agua, pero de repente siete de mis compañeros estaban en las aguas poco profundas del lago, todos desnudos: chapoteaban, se salpicaban entre sí, intentaban hacerse ahogadillas. El alegre acto del baño resultaba tan atractivo que abandoné el autobús, me despojé de la ropa y caminé por el agua, agarrado enseguida y rociado con agua del lago por Bolzahn, ese favorito de las mujeres que de hecho se había colgado delante del pecho un nenúfar que acertó a coger en una ensenada poco profunda. Después del baño nos vestimos, para lo que también utilizamos las ropas pertenecientes a los actores. A uno se le ocurrió la idea de encender fuego, arrastramos ramas secas, encontramos en la orilla madera de cajas y una balsa podrida que alguien había olvidado, y nos sentamos en la arena a observar fijamente las llamas y a disfrutar de la ocasional lluvia de chispas. Cuando constatamos que teníamos que combatir la creciente sed, Mumpert se ofreció a marcharse con el autobús para traer de Grünau una caja de cervezas. No fue necesario; presos de la inquietud, vimos un coche pequeño bajando por el camino lleno de baches que conducía hasta el lago, se acercó mucho a la hoguera y anunció su aparición con un bocinazo. Se apearon tres hombres, uno de los cuales agarró una rama y la arrojó a las llamas.

—Es él, profesor —dijo Hannes—, el alcalde, te lo presentaré.

Uno de los acompañantes del alcalde se llamaba Pannwitz y era su segundo; el otro, de nombre Krosig, era el director del periódico *Grünauer Tageblatt*. Krosig nos hizo un cumplido al decir:

—Nunca valoraremos lo suficiente que la cultura se haya dignado venir hasta aquí. —Y al ver asentir a sus acompañantes, agregó—: Comprenderán ustedes que los dejemos marchar a regañadientes.

Como es natural, él sabía que el Teatro Regional había firmado contratos y tenía que cumplir sus compromisos a largo plazo, pero eso no le parecía un problema insuperable: un amigo suyo del Ministerio de Cultura seguro que sabía cómo solucionarlo, aparte de que este estaba en situación de reconocer intereses superiores, y en este caso lo eran, pues se trataba de prestar un servicio a Grünau.

—Grünau tiene que resplandecer, y si estamos de acuerdo,

resplandecerá.

Como se puso de manifiesto, y con muchísima frecuencia, el alcalde estaba preparado para situaciones similares. Sacó de su coche una caja de Grünauer Pils, y bebimos a la salud de su floreciente ciudad y del empleo informal que nos habían concedido a Hannes y a mí. A pesar de que gozábamos de la confianza de la ciudad, estimamos conveniente ocultar nuestra procedencia.

PROPUESTAS

En el anuncio a dos colores fijado en el ayuntamiento que informaba de una serie de conferencias en el marco de la recién creada universidad popular, se podía leer que Grünau había logrado contratar al muy famoso profesor Clemens Hydikotti, de la Universidad de Budapest, que disertaría sobre tres temas: el don de la fantasía, la literatura juvenil y, finalmente, sobre la materia que cimentaba su fama, la época de Tempestad e ímpetu.

Comprendí que Hannes había intervenido como asesor o como coautor, y no dudé de que el titular del cartel era obra suya: «Cultura de Grünau — Semana de Fiestas en el marco de la Fiesta del Clavel».

Para inaugurar la semana cultural me eligieron a mí. No me desilusionó contar únicamente con once oyentes; no me costaba comprender que el tema de mi conferencia no les parecía esencial a los vecinos. Al menos habían acudido once y, según averigüé más tarde, entre ellos figuraban varios profesores de secundaria. El aplauso con el que me recibieron obedecía, sin duda, a su temperamento, que ya indicaba una clara somnolencia.

Empecé con una afirmación: también en Grünau, afirmé, la fuente de la imaginación, de la fantasía, es la ausencia. Eso ya lo constató Proust, y es válido en todas partes.

—También en Grünau —proseguí— superamos las carencias con ayuda de la fantasía, que nos salva de las situaciones de desaliento.

—Cierto —exclamó un hombre al fondo—, muy cierto. —Era el alcalde—. A soportar la desesperación, a resistir la desesperanza, a superar privaciones, quién nos ayuda sino la fantasía.

Mencioné a los creadores de utopías, que quisieron superar las deficiencias del mundo mediante modelos correctores. Ilustré con los ejemplos pertinentes que también tenemos algo que agradecer a la imaginación tanto en la política como en las ciencias de la naturaleza. El teniente de alcalde asentía con fuerza y se arriesgó a lanzar una rancia exclamación:

—¡La imaginación al poder! —gritó—. ¡La imaginación tiene que tomar el poder también en Grünau!

El aplauso que le tributaron pareció sorprenderle. El alcalde optó

por no aplaudir y miró al suelo. La felicitación más lacónica por mi conferencia la recibí de Hedwig, que me mostró la entrada cortada y se limitó a decir:

—Ha sido extraordinario, ha merecido la pena.

Luego preguntó si había encontrado cobijo para pasar la noche, Grünau no estaba precisamente bendecido con cuartos para huéspedes, en su café ella disponía de dos agradables habitaciones, su principal proveedor dormía allí en ocasiones, en cualquier caso era más placentero que el autobús. Acepté la invitación —demasiado deprisa, según se puso de manifiesto, pues poco después recibí otras dos invitaciones, una de una profesora asombrosamente joven de secundaria que daba clase de Lengua y de Educación física.

De camino al café de Hedwig, pasé junto al autobús del Teatro Regional; no estaba vacío. Algunos de mis compañeros dormían o al menos lo intentaban; otros jugaban a las cartas; de la parte trasera brotaba una melodía queda y melancólica que me recordó el canto de los bateleros del Volga. En medio de ellos vi a Hannes fumando, parecía velar por esa escena idílica, y por un instante estuve tentado de subir con ellos.

Hedwig me esperaba. Llevaba un amplio vestido regional y una cofia con dos cintas que caían sobre su espalda. Antes de sentarnos ante la mesa del rincón sobre la que se veían bocadillos y una botella de vino tinto, ella dijo que la fantasía también le provocaba cierta inquietud, sobre todo cuando su marido estaba en una larga travesía; en la pared colgaban fotos suyas que mostraban a un hombre de cabeza redonda que en todos los escenarios donde se le veía —en un puente, en una pasarela, amarrado a un bolardo— producía una impresión triunfal. En la foto colocada sobre la mesa, su mirada estaba cargada de reproche. A pesar de que los bocadillos eran muy sabrosos, no me sentía muy a gusto sometido a su mirada, a veces creía que desaprobaba mi presencia o que trataba de desenmascararme. En una ocasión, Hedwig me puso en un apuro, quiso saber si yo era profesor o actor, y le mentí argumentando que mi título era un simple apelativo como los que usan algunos actores, me inventé una hermana cantante de cámara de la Ópera de Viena que también poseía el título de profesora. Mi cátedra de la Universidad de Budapest a la que aludía el cartel había sido una actividad meramente honorífica. A continuación, Hedwig nos sirvió vino tinto y brindó a mi salud.

Me agobiaba no tener conmigo mi bolsa con los objetos de aseo, y me resultó embarazoso que Hedwig me invitase a alojarme provisionalmente en una de las dos habitaciones. Eran estancias estrechas, austeras, comunicadas, que disponían de un modesto cuarto de baño compartido. Para mi alegría descubrí artículos de afeitar y brocha, que o bien pertenecían al marido de Hedwig o habían sido

olvidados por el proveedor. Sobre el estante había también un frasco de loción de afeitar.

Me costó un buen rato conciliar el sueño, y después de haberlo conseguido me despertó la voz de Hedwig. Estaba en la habitación contigua, y por lo visto acompañada. Su voz sonaba conciliadora, a veces pensé que Hedwig se justificaba. Miré a hurtadillas hacia allí, esperando ver a un hombre, pero para mi asombro no había nadie con ella. El nombre que repitió varias veces en su soliloquio lo había leído yo en una de las fotos. «Siempre tuyo, Rudolf», decía, y en otra: «También lejos te recuerda tu Rudolf». Así que saludos de larga travesía. En una ocasión, ella se creyó en la obligación de reprochar algo a su Rudolf, le recordó su promesa de que le escribiría desde Manila y desde Shangái, pero él no había cumplido esas promesas, la desilusión de ella perduraba hasta ahora.

Al amanecer oímos voces procedentes de las cercanías; del café, supuse. Eran dos.

—Ese es Hannes —dije.

Y Hedwig:

—Y el otro el panadero, trae roscos y panecillos recién hechos.

Bajamos raudos al café y mientras el panadero introducía su mercancía, Hannes, con un guiño, se disculpó por la molestia. Intentaba hacer algo para combatir la primera acometida del hambre, tanto la suya como la de los compañeros que le esperaban en el autobús. La compasión o la solicitud no puede ser más activa: Hedwig cogió dos bolsas de una arandela de hierro, trajo dos cajas de la habitación contigua y después empaquetó con generosidad bollos, panecillos y hasta una tarta de queso. Hannes negó con una seña:

—Con eso basta, ya es suficiente.

Hedwig repuso:

—Los artistas siempre tienen hambre. —Y sonrió, como si en eso tuviera experiencia—: Mucha hambre, pero poco dinero.

Tras la última frase, Hannes hizo una reverencia, y uniendo sus manos con gesto de gratitud, dijo:

—Dios la bendiga.

De pagar no habló, ni tampoco lo juzgó necesario.

Cuando Hannes y yo llegamos con el cargamento de productos de panadería recién hechos, en el autobús se desató la alegría, los cantos y las conversaciones enmudecieron; con una disciplina que habría asombrado a algunos espectadores, mis compañeros se pusieron en fila para recibir las mercancías del panadero. Solo se oían mordiscos, gemidos, ruidos al tragar, y Peter-Paul Zunz se regodeaba comentando con voz de ventrílocuo el alivio que suponía la comida. Hannes lamentó que, según había constatado, algunos hombres se habían

independizado y por lo visto intentaban apañárselas por su cuenta, creía saber que algunos habían aceptado ofertas privadas y habían desaparecido en la localidad.

El *Grünauer Tageblatt* había informado sobre los sucesos acaecidos en poco tiempo en la ciudad, sobre la gran cantidad de iniciativas insólitas que se habían puesto en marcha para despertar a la ciudad de su largo letargo. Me quedé casi sin aliento cuando, en la edición del fin de semana, me topé con un reportaje ilustrado con dos fotos de pequeño formato que nos mostraban a Hannes y a mí. En una entrevista, Hannes, en su condición de encargado del museo de Historia local, contaba cómo quería organizar los testimonios históricos y qué le parecía absolutamente imprescindible como inventario.

Me dejó perplejo lo maduro que estaba su plan; él deseaba remontarse muy atrás, hasta los albores de la Prehistoria: en una sección tenían que verse las primeras herramientas de Grünau, hachas de piedra, martillos de piedra, raederas para pieles, y, como es natural, también puntas de flecha de piedra. No podían faltar los útiles que usaban los grünaurenses para pescar peces, ni tampoco zapatos de corteza de árbol, y primitivas ruecas; confiaba incluso en conseguir un collar primitivo fabricado con conchas de molusco. Como había llegado a sus oídos que el ejército sueco había pasado por Grünau siglos atrás, confió en poder conseguir al menos una prueba. Hannes, mi oscuro compañero de celda, sabía lo que quería. Los terratenientes tradicionales de Grünau debían ser puestos al corriente de su proyecto en los próximos días; además, se esforzaba por conseguir uno de los llamados cepos de madera, que antaño aprisionaban a los delincuentes por el cuello para exponerlos en la plaza del mercado. Al final del reportaje leí: «Entrevista realizada por Isolde Bromfeld».

Leí dos veces el nombre, pues me resistía a creer que fuera ella, Isolde Bromfeld, en el pasado la más indolente de mis alumnas y ahora miembro de la redacción del *Grünauer Tageblatt*; Isolde, a la que ni la mejor voluntad del mundo habría hecho aprobar el examen final. Con el nombre me vino a la memoria su aspecto: cabello rubio, ojos cansados y boca siempre abierta. Hannes, que tanto sabía, acertó a decirme que la tal Isolde Bromfeld no era redactora, sino que trabajaba como voluntaria en el *Grünauer Tageblatt*. Redactora o voluntaria, yo había sido incapaz de aprobarla, su interpretación de *El preceptor*[3] fue lisa y llanamente lamentable y lo que ella había averiguado sobre las características de Tempestad e ímpetu, de todo punto insuficiente. Con todo, me alegraba que mi antigua alumna hubiera encontrado un empleo destacado, un empleo en un periódico que celebraba el mercado de flores de Grünau como el acontecimiento más importante del norte de Alemania y dedicaba una doble página a

la justa del anillo. Supe que ella también informaría en su periódico sobre mis conferencias, y estaba seguro de que aprovecharía mi aparición para tomarse cumplida venganza.

En todas las conferencias vi a Isolde Bromfeld sentada en la última fila con bloc de notas y bolígrafo. Me percaté de que de vez en cuando meneaba la cabeza o sonreía con desdén. Únicamente durante mi conferencia sobre Tempestad e ímpetu se mantuvo petrificada en el asiento, sin tomar una sola nota. Cuando hice un chiste malo sobre Maler Müller, ella soltó una sonora carcajada y se pasó la mano por su rubia cabellera; en ese momento me gustó, y decidí hablar con ella después de la conferencia o quizá invitarla. No tuve ocasión de hacerlo.

Antes de que pudiera reunirme con ella una vez finalizada mi conferencia, se me acercó inesperadamente Karl Tauber, el administrador de la prisión de Isenbüttel. No me había dado cuenta de que el señor Tauber era uno de mis oyentes; él me saludó con un vigoroso apretón de manos y me felicitó por la «esclarecedora exposición», según sus propias palabras, después me ofreció un cigarrillo y me condujo hasta la ventana. Me dirigió una mirada persistente, inquisitiva, pero no exenta de simpatía, y pensé: está a punto de decir: su cama está sin usar, o: le echo de menos, pero se limitaba a permanecer callado mientras exhibía una muda sonrisa de satisfacción. No me habría asombrado que ese hombre aficionado al arte me hubiera invitado a dar una conferencia en su Isenbüttel. Finalmente dijo:

—Seguro que volveremos a vernos, profesor. —Tuve la certeza de que así sería.

Desde la ventana lo vi salir a la plaza, observé también cómo hacía una seña con la mano a Isolde Bromfeld y se dirigía hacia ella saludándola muy contento; me habría gustado oír lo que hablaban durante el saludo, cómo se confiaban mutuamente lo que sabían de mí. En una ocasión, el intercambio la indujo a mostrar incredulidad. A juzgar por las apariencias, se invitaban a marcharse juntos, sus coches estaban muy cerca. Al final, Isolde Bromfeld optó por sentarse junto al señor Tauber. Tuve que admitir que la amena excursión había concluido. También a mi compañero Hannes, que se había evadido dos veces conquistando la independencia, no le quedó más remedio que admitirlo, en su caso y en el nuestro.

A la mañana siguiente, fue el primer cliente que apareció en el café de Hedwig; me invitó con insistencia a sentarme en su mesa del rincón; sin pedir a la camarera ni bollos ni café, esperó a que estuviéramos solos y sin decir palabra me pasó un periódico, la edición especial del *Grünauer Tageblatt*. Observó con curiosidad cómo abría el periódico y me dijo con tono de impaciencia:

—Más adelante, en «Crónica social».

Allí figuraba un informe sobre mis conferencias, una columna firmada por I. B. No, mi antigua alumna no practicaba la represalia barata, no se había convertido en juez de mis conferencias, a pesar de que era la situación ideal, ni aprovechó la ocasión para machacarme por mi conferencia, algo comprensible que yo esperaba, pero no fue así. Ella se limitó a comentar con ojos críticos mi forma de expresarme, mi gusto por las citas y, en consecuencia, la falta de valentía para expresar mi propia opinión. No le gustó lo que dije sobre Tempestad e ímpetu, por una razón concreta: ella definió esa conferencia como la típica exposición de un especialista que no repara en que habla a la audiencia desde un nivel superior. Pero en conjunto, llegó a la conclusión de que todos los asistentes habían regresado a casa más enriquecidos.

Mientras yo cavilaba sobre la columna, Hannes había abierto la página cultural. Bajo el titular «Días grandes en Grünau» se veía una página de retratos con fotos pequeñas, entre las que figuraba también una mía y otras de varios de mis compañeros. También Hannes estaba reproducido por segunda vez en ese periódico. El editorial —también escrito por Isolde— era el único homenaje al Teatro Regional que, así se leía, había aparecido en el momento oportuno con motivo de la Fiesta del Clavel y resaltaba, desde el punto de vista cultural, este acontecimiento de enorme trascendencia… tan sobresaliente que, si se repetía ese encuentro, algún día cabría hablar de las «Jornadas culturales de Grünau». Hannes esperó a que yo terminara de leer el editorial para decir:

—¡Esto no va bien, profesor, para nosotros no va bien!

—¿Por qué? —le pregunté.

—La cosa está que arde, conocen nuestras caras, se ha sabido que un autobús lleno ha abandonado Isenbüttel, seguro que ya están pisándonos los talones —contestó Hannes.

—Y tú ¿qué propones?

—Cambiaremos el nombre del autobús; en lugar de «Teatro Regional» se leerá «Servicio discrecional» o, lo que es por mí, «Aves de paso»; ya habrás visto lo que pone en algunos autocares, qué nombres tan graciosos se leen en ellos, y cuando hayamos rebautizado a nuestro cacharro diremos adiós a Grünau.

—Y ¿adónde iremos?

—Ahora lo público ya no es buen escondite. Ahora solo hay un país en el que nos sentiremos a gusto: Dinamarca, allí iremos, donde la buena vecindad se escribe con mayúsculas, al reino de Dinamarca.

—Allí también tienen una policía que vigila.

—Y el sistema social más generoso del mundo; cuando nos

registren como un caso de ayuda social, habremos pasado lo peor y podremos hacer planes definitivos.

Nos levantamos, pues por la puerta en la que estaba pegado el cartel de «Privado» entró Hedwig, sombría, con los labios apretados. Hannes le ofreció en el acto su silla, pero ella no quiso sentarse e hizo caso omiso de su saludo. Con tono áspero nos preguntó cómo juzgábamos la conducta de dos colegas actores que habían parado la camioneta de reparto de la panificadora en la carretera de Eckernförde.

—Han detenido la camioneta y han obligado al conductor a llevarlos con él —informó ella.

Con amenazas obligaron al conductor a trasladarlos a la estación de autobuses, donde descendieron. Por suerte allí había una patrulla de la policía, el conductor fue testigo de cómo pararon y pidieron la documentación a los actores, dice que después se los llevaron. Hannes se negó a creerlo y preguntó:

—¿Actores? ¿Eran de los nuestros?

—El conductor los conocía —respondió Hedwig—, él también estuvo en el ayuntamiento y vio a los dos, pertenecían al coro que cantó tan bien.

Era típico de Hannes intentar interceder en favor de sus dos compañeros.

—Ah, ya sabe, esos dos solo pretendían estirar las piernas —adujo —. Cuando uno está siempre en un espacio reducido siente la necesidad de moverse libremente.

Una camarera se acercó a nuestra mesa. Preguntó a Hedwig cómo deseaba adornar la mesa de los clientes de Husum, y ella le respondió con un suspiro:

—¿Cómo va a ser, hijita? Con claveles, como es lógico, en jarrones pequeños. —Y dirigiéndose a mí, añadió—: Un club de ahorro de Husum ha anunciado inesperadamente su visita, seguro que quieren repostar cultura aquí, en Grünau.

—Algo se mueve en Grünau —dijo Hannes.

Hedwig lo miró de hito en hito, sonrió y preguntó al fin:

—¿Usted es el nuevo director del museo, verdad?

—Se hace lo que se puede —contestó Hannes.

—Quizá pueda ofrecerle mi apoyo —repuso Hedwig—. Ya lo estoy viendo: un café con productos de pastelería; si sus visitantes, agotados por el recorrido, necesitan reponerse, se detendrán en el café.

—Eso deberíamos discutirlo con calma —dijo Hannes y se despidió argumentando que le esperaban tareas que no admitían demora, trabajos pictóricos.

Hedwig abrió los ojos, asombrada, cuando él le palmeó la mejilla.

EL FUTURO DE GRÜNAU COMIENZA

Unos *flashes* fuera, delante del autobús, despertaron nuestra curiosidad, varios de nosotros, pegados a los cristales, observaban a los dos hombres jóvenes con pinta de fotógrafos —una cámara en las manos, otra colgada de correas delante del pecho— que tomaban fotos de nuestro autobús, de frente y una y otra vez del lateral, donde aún se leía la vieja inscripción. Cuando quedaron satisfechos, nos indicaron por señas que saliéramos, a mí me colocaron en un lado y me pidieron que señalara con la mano extendida las palabras «Teatro Regional» mientras esbozaba una sonrisa seductora, y lo dijeron de verdad:

—Y ahora, una sonrisa seductora.

Hannes se negó a repetir mi pose, y preguntó quién había enviado a los fotógrafos que vagaban por allí; entonces nos enteramos de que el alcalde les había encargado documentar tanto la Fiesta del Clavel como la presencia del Teatro Regional con fotos que se recopilarían para formar un libro ilustrado. Uno de los dos abrió una cartera y nos enseñó fotos de nuestra llegada a la plaza de Grünau, también nos mostró instantáneas de la animada fiesta en el ayuntamiento.

—Parece todo muy alegre —dijo Hannes.

A lo que uno de los fotógrafos comentó:

—Ese era nuestro encargo.

También me habían fotografiado durante mis conferencias sin que yo me diera cuenta. Una foto me mostraba con el índice estirado en gesto autoritario, los ojos dirigidos al techo, como si quisiera transmitir con cuidado la inspiración que recibía de arriba. También Bolzahn aparecía bien grande en la foto y varias veces mis compañeros cantores. Su coro seguro que entonaba en ese momento *Dios envía al vasto mundo a quien quiere manifestar estima*, y como el *flash* les acertó justo pronunciando la palabra «Dios», sus bocas formaban un agujero oscuro uniforme. El alcalde aparecía en varias fotos, su discurso ingenuo no se podía intuir, solo era inequívoco su brazo levantado que al parecer impartía la consigna:

—¡Así pues, adelante, Grünau, hacia nuevas orillas!

Una foto me dejó perplejo: mostraba a uno de los nuestros

bailando con una de las regordetas chicas de Grünau, la chica bailaba con los ojos cerrados, enfervorizada, mientras él mantenía una mano sobre su cuello, intentando abrir el cierre de un pesado collar de ámbar, cosa que ya casi había conseguido. Hice una seña a Hannes para que se acercara y señalé la foto. Hannes sacudió la cabeza y murmuró:

—No, profesor, no, esto nos atañe a todos nosotros. —Y con un movimiento enérgico se apoderó de la foto y la hizo trizas.

Esa mañana soleada escuchamos sorprendidos un pesado ruido de motores invadiendo Grünau. Yo creí de nuevo que había llegado el fin de nuestra nueva y amena existencia. A la pequeña ciudad llegaban autobuses repletos procedentes de Eckernförde, de Kappeln y Gelting, todos con el letrero «Servicio discrecional». Misteriosamente, como si los hubieran introducido de manera clandestina, en un abrir y cerrar de ojos surgieron puestos de salchichas, de helados, de bocadillos, y todos fueron asediados en el acto por los ocupantes bienhumorados de los autobuses. Ahora se veía movimiento, por todas partes surgían grupos y personas solas que afluían hacia el centro de Grünau, hacia una plaza asfaltada en la que desembocaba la calle principal, aquí llamada calle del Regreso. La calle pronto estuvo bordeada por gente expectante. Me situé entre ellos y me dijeron que enseguida iba a desfilar la Guardia Femenina de Grünau, una apreciada y reducida corporación musical que ya se ha presentado varias veces en Dinamarca, junto con un Cuerpo de Padrinos del que había mucho que aprender.

La agitación, la espera, estirando los cuellos cuando resonaron flauta y tambor, propiciaron inevitablemente que todos asimilasen el ritmo y lo exteriorizaran en el acto. Al tambor mayor lo precedía en cabeza una chica con una bandera; cuando se levantaba viento ondeaba en ella un clavel y parecía guiar y juramentar a todas las chicas que formaban parte de la comitiva, jóvenes y muy jóvenes, con cortas falditas rojas y botas blancas de media caña. Los espectadores respondieron con aplausos cuando el tambor mayor, una chica rubia de pelo largo, lanzó su bastón al aire y volvió a atraparlo con indiferencia. Aplausos, aunque más débiles, recibió también la banda de música de los bomberos, todos ellos hombres de cierta edad, más dignos de confianza. Portaban satisfechos sus instrumentos y de vez en cuando saludaban con la mano a conocidos o parientes que descubrían entre la multitud. Como si lo hubieran ensayado, desfilaron hacia la plaza y se situaron junto a la Guardia Femenina. Se tomaban el pelo unos a otros, se entendían por señas, ambos grupos encontraban motivo para las risas; a continuación, la banda de bomberos interpretó la canción conocida por todos, *Grünau, oh, tú, mi Grünau*, que según oí era obra del compositor Johann Friedrich Pleiss. Después se disolvió la

reunión, pero no se dispersó de cualquier modo, sino que siguió a algunos hombres que marchaban con paso decidido hacia una alameda, precedidos por Hannes, seguido a su vez por Mumpert. Hannes era el guía.

Hannes, que había convencido al alcalde de que en los días grandes de Grünau no se podía renunciar a un acontecimiento deportivo, había propuesto celebrar un partido de fútbol bajo el adecuado título de «Artistas contra oriundos». El alcalde, un seguidor de la AGD Grünau de 1908, no tardó en quedar convencido, aceptó la propuesta y la vendió como idea suya. ¡Menudo partido era ese!

Los jugadores de Grünau, con indumentaria deportiva, fueron recibidos con júbilo al salir al campo, dieron la mano a mis compañeros y corrieron y saltaron para calentar; el equipo de artistas salió con el torso desnudo, botas de cordones pertenecientes a la prisión, y, seguramente por orden de Hannes, poniendo buena cara. Me sorprendió que Hannes, que movía tantos hilos, hubiera conseguido designar como árbitro precisamente a Mumpert, que había pitado algún que otro partido en su propio beneficio. Se había acordado que cada equipo pudiese cambiar a tres jugadores, yo era uno de ellos, en el puesto de defensa. Para conocer mejor el trabajo de Mumpert, que él había ejercido antes tan lucrativamente, no le quité ojo de encima; no sin admiración lo vi correr arriba y abajo, siempre cerca del balón, conceder un córner y mandar repetir un saque de banda; en una ocasión también señaló penalti, sin motivo evidente, lógicamente contra los artistas. En el segundo tiempo, con el marcador cuatro a cuatro, me sacaron al campo para, según justificaron, reforzar la defensa. Jugué pocos minutos. Cuando uno de Grünau había atravesado hábilmente la defensa enemiga y estaba a punto de chutar, no me quedó otro remedio: dejé una pierna quieta y solté otro eficaz puntapié. El contrario voló con tal maestría, que cualquiera habría podido considerar su caída un piscinazo. Mumpert consideró mi valerosa acción juego sucio y me enseñó la tarjeta roja. Abandoné el terreno de juego entre voces y pitos, siendo recibido por mis compañeros, que me consolaron; sus apretones de manos y sus palmadas en el hombro fueron sinceros.

Empatamos a cuatro, y después del partido el equipo local nos invitó a salchichas y cerveza, nos sentamos en el césped y discutimos las distintas peripecias del juego, predominando la camaradería, aunque el jugador al que yo había impedido el tiro a puerta no dejó de arremeter contra mí e insultarme. Sus compañeros consiguieron apaciguarlo.

MUSEO DE HISTORIA LOCAL

La inauguración del Museo de Historia local ocurrió en nuestra segunda mañana de domingo. La importancia de este acontecimiento trascendió la localidad, según demostraron las placas de matrícula de los autocares que llevaban las letras PI, IZ y SE. Delante de la casa con techo de paja, rodeada de malvas, que antaño había pertenecido a un campesino con muchas tierras y muchos hijos, aparcaron los autocares. Los conductores no consideraron superfluo anunciar su llegada con bocinazos. Qué satisfechos se mostraban los recién llegados; como si los aguardase una aventura con alegres sorpresas, así estaban. Me acerqué a ellos, y cuando se movieron hacia la entrada me dejé arrastrar.

En la sala en penumbra donde entramos primero, Hannes esperaba a los visitantes; encima de una caja de madera, calzaba alpargatas, sobre los hombros, una piel de oveja muy amarilleada; para mantener el equilibrio se apoyaba en una jabalina. Nunca le habría creído capaz de semejante atavío, evidentemente lo consideraba adecuado o correcto; en cualquier caso, se creía obligado a dar la bienvenida a los visitantes de su museo de Historia local de esa guisa. Pasó por alto que la gente se riera de su aspecto, su rostro manifestaba una expresión de dignidad inédita para mí. Me asombró lo que había aprendido sobre el porte y el lenguaje, y cuando, después de la aparición del alcalde, improvisó un discurso de bienvenida, nadie habría imaginado que mi compañero había llegado hasta allí por error. A Hannes se le ocurrían frases que Isolde Bromfeld, que estaba situada junto a una ventana, lógicamente anotaba, y yo daba por descontado que en el periódico local se leería lo que Hannes contaba sobre los albores de Grünau y sobre el afán por fundar y en general sobre los acontecimientos triviales de la vida, como saciarse, calentarse y complacerse en cosas modestas. Para terminar, Hannes utilizó una frase que contenía una exigencia y una promesa:

—¡Venid y aprended! Así vivíais.

Tras su discurso, Hannes recibió un aplauso breve pero intenso, y el alcalde se le acercó, le ayudó a bajar de un salto de la caja y estrechó su mano un buen rato. A continuación, llevando a remolque a

unas cuantas personas muy interesadas, ambos comenzaron a examinar los fondos del museo.

Los visitantes se movían pacientemente de una sala a otra, impresionados por la turbulenta prehistoria de Grünau, pero ninguno lo estaba tanto como yo. La verdad, no pude menos que admirar a Hannes por su tacto para encontrar y recopilar vestigios antiguos, aquí herramientas de pedernal, allí armas viejas o restos de ellas, había conseguido mostrar cómo tejían e hilaban en tiempos remotos y cómo adornaban el armario y la cuna infantil con lozanas flores de fantasía. Hannes insistió en explicar personalmente algunas piezas expuestas; cuando sacó de una cuna una robusta muñeca mofletuda, que levantó en alto, sujeta por trenzas rubias del grosor de un brazo y la consideró el ideal de belleza grünauense en la Antigüedad, se lo agradecieron a carcajadas. Estando muy cerca de mí, arriesgó en voz baja un comentario descarado:

—¿Verdad, profesor, que uno se imagina muy parecida a Hedwig cuando era pequeña?

Tras el ameno recorrido por todas las salas no me asombró que Hannes recibiera una oferta de dos pequeñas ciudades vecinas; también ellas deseaban contar con un museo de Historia local según su modelo.

Al día siguiente, en el *Grünauer Tageblatt*, Isolde Bromfeld hizo vibrar con fuerza el arpa de los elogios, no temió hablar de «lograda búsqueda de vestigios», e invitaba a emprender una visita al museo, en el que uno se sentía como en casa, pues era una vuelta a los inicios.

No me quedó más remedio que felicitar a Hannes por su trabajo, que se había visto coronado por el éxito; él aceptó la felicitación con estas palabras:

—Se hace lo que se puede, profesor.

Por la noche, mientras caminábamos juntos hacia el autobús, no me extrañó que distintos grünaurenses, en su mayoría entrados en años, saludaran a Hannes con respeto.

Esa noche nuestro tiempo en Grünau estuvo a punto de encontrar un final inesperado. Dormíamos apaciblemente, Hannes con la cabeza junto a mi hombro, cuando llamaron al cristal del autobús. Fuera estaba Isolde Bromfeld; rio y me saludó con la mano. Mi antigua alumna no me dio la mano, aunque se disculpó por haber perturbado mi sueño. Caminamos hacia un banco de la orilla del lago, yo notaba que ella tenía que contarme algo que la oprimía, pero le costaba arrancar. Me ofreció un cigarrillo. Señaló a los somormujos que iban a cazar peces cerca de la orilla y se saludaban al emerger con un sonido áspero. De repente ella dijo:

—Lo sé todo, sé todo sobre usted y sus compinches.

Como en principio ella se dio por satisfecha con esa confesión, callamos unos instantes. Yo sentía escasa sorpresa; porque en mi fuero interno ya suponía que mi despedida de Isenbüttel no podía pasar inadvertida.

—Bien, bien, y ¿para qué pretende emplear esos conocimientos? —repliqué.

Ella ya lo tenía pensado porque dijo:

—¡Lo que sé tiene que publicarse!

—¿Todo? —inquirí—. ¿También su fallida tesis sobre Tempestad e ímpetu?

—Los antecedentes carecen de interés —se defendió ella.

Yo repliqué:

—Eso es un error, señorita Bromfeld, en mi dilatado trabajo he comprendido que solo los antecedentes permiten un juicio concluyente, seguro y justo.

—Quizá tenga razón —dijo ella dedicándome una mirada sarcástica—: Seguro que no le sorprende que ahora piense en Anja y Kirsten, usted las hizo aprobar el examen final con los mayores elogios. Anja y Kirsten, Dios mío, éramos amigas, preparamos juntas el examen. Cuando Kirsten le mencionaba, a veces le llamaba Clemens a secas. Eso seguramente ya le dirá bastante.

Su alusión me hartó. Levantándome, aduje:

—El trabajo de esas dos candidatas fue más que satisfactorio, mereció las máximas alabanzas.

Isolde Bromfeld sonrió con tristeza. Ella también se levantó, miró un momento al lago y dijo al fin con una determinación que me asombró:

—El tribunal ya pronunció la sentencia definitiva, y usted la aceptó.

Sin volverse hacia mí, descendió por el sendero que desembocaba en un puente y seguía bordeando el lago. La llamé, pero ella no reaccionó. Ni una sola palabra de despedida, ni el menor saludo.

Cuanto más tiempo vivíamos en el autobús del Teatro Regional, más aumentaba el nerviosismo de algunos de nosotros, entre otras razones porque de vez en cuando veían a policías de Grünau merodeando por allí con recelo profesional, al parecer interesados por todo, incluso por las cajas y botellas vacías. Fue Bolzahn quien propuso cambiar de lugar, largarse a escondidas con destino desconocido.

—Como no nos piremos pronto de aquí —explicó—, volveremos a caer en las garras de Isenbüttel.

La mayoría de mis compañeros se mostraron de acuerdo con él, y algunos avanzaron nuevas propuestas sobre el destino del viaje. Esta

vez mencionaron Lüneburg, Bargteheide, un lugar muy prometedor, según dijeron, también Bremen y Cuxhaven. Bolzahn rechazó todas las propuestas: igual que para Hannes unos días antes, para él solo entraba en consideración un destino: el vecino reino de Dinamarca. Para justificar su propuesta mencionó que se había casado en Dinamarca dos veces, en Odense, una ciudad dedicada al cultivo de las artes, en la que se percibía el espíritu de Andersen, el inmortal narrador de cuentos. Su confianza se fortalecía más aún al pensar, como Hannes, en las leyes sociales de allí y sobre todo en la consideración que la sociedad tributaba a los artistas. La mera aparición de un autobús del Teatro Regional despertaría la atención y las muestras de simpatía no tardarían en llegar. No necesitamos votar sobre el destino de nuestro viaje: la propuesta de Hannes y Bolzahn fue aceptada.

SE INTERRUMPE LA PARTIDA

Una vez tomada la decisión, comenzamos los preparativos para el viaje, cargamos pan y pasteles, filetes rusos fríos, plátanos, embutidos y unas botellas de zumo —yo me asombraba de lo que se reunía allí, la cantidad de cosas que se podían encontrar en poco tiempo en Grünau. La partida se fijó a cierta hora de la tarde. Hannes, que llevaba la voz cantante, advirtió a los compañeros que deseaban hacer todavía unas rápidas visitas de despedida, que se presentaran puntuales a la hora de la partida, se había acostumbrado a un tono de mando, y solo respondía a regañadientes a las preguntas. Me asombraba la naturalidad con que se aceptaba su autoridad.

Ninguno de los compañeros faltó cuando esa tarde emprendimos el rumbo hacia una nueva vida. Partimos en silencio, ya había oscurecido, nuestro autobús subió despacio por el camino que ascendía desde el lago. De pronto, apareció un hombre a la luz de los faros y nos exhortó a detenernos. Pannwitz, el teniente de alcalde, parecía esperarnos, permanecía quieto con los brazos abiertos, evidentemente poco dispuesto a dejar libre el camino y de hecho nos obligó a parar. Subió al autobús y nos buscó inmediatamente a Hannes y a mí; tenía que darnos una noticia. En nombre de la corporación municipal de Grünau, nos invitaba a asistir en el ayuntamiento al punto culminante de la Fiesta del Clavel en el que, según antigua tradición, se reconocían méritos con la concesión del Clavel de Grünau en tres categorías; le llenaba de alegría que la elección también hubiera recaído en algunos miembros del Teatro Regional. El acontecimiento, según otra antigua tradición, debía celebrarse en viernes; la corporación confiaba en que los compromisos del Teatro Regional no le impidiesen asistir ese viernes.

La discusión sobre si debíamos partir o quedarnos duró poco. Hannes decidió que no debíamos decepcionar a la corporación, así que regresamos a nuestro sitio junto al lago, curiosamente sin vacilaciones, sin renunciar a un plan muy prometedor. Encendimos una hoguera, comimos de las provisiones que habíamos preparado para el viaje, algunos de nosotros comenzamos a cantar. Seguramente atraídos por nuestro canto aparecieron dos policías de Grünau, viejos, encanecidos

en el servicio, les invitamos a comer con nosotros, y tras habernos expresado nuestra mutua simpatía cantamos juntos, sobre todo antiguas canciones populares. Uno de los policías —aún recuerdo su rostro de piel apergaminada— se sentó a mi lado y, sorprendentemente, sacó del bolsillo una petaca y me invitó a echar un trago; después él dio otro trago de su cola con ron y se creyó en la obligación de decirme que, con nuestra aparición, Grünau había adquirido otra faz, que se había vuelto más atractivo, creo que incluso dijo mundano. No me correspondía a mí contradecirle… al fin y al cabo reconoció que era un grünauense de pura cepa. No era únicamente un grünauense corriente, ese policía era un grünauense famoso que llevaba un clavel de plata en la solapa. Modesto, y como de pasada, me contó que había obtenido esa distinción hacía mucho tiempo, por frustrar un robo en la Caja de Ahorros. Solo cuando le pregunté, me relató cómo obligó a desistir y a entregarse a los dos ladrones.

Con ayuda de un altavoz oficial los invitó a salir a la calle con las manos en alto, allí esperaban dos carros de combate de la compañía de tanques a la que él había alertado, los vehículos estaban preparados para el combate. Los delincuentes se rindieron antes de lo que esperaba y se dejaron desarmar por el policía. Su mujer y él mismo estimaban el Clavel de Plata tanto como la Cruz Federal del Mérito.

VIERNES DORADO

El ayuntamiento estaba repleto. La gente se sentaba incluso en las repisas de las ventanas. La banda de música de los bomberos interpretó primero *Por bosques y prados*, después *Grünau, oh mi Grünau*. Los naturales del lugar conocían la letra y acompañaron cantando. A Hannes y a mí nos asignaron asientos en la primera fila. En los compañeros que habían sido situados junto a nosotros creí reconocer a los elegidos que no tardarían en ser honrados; pero entre ellos distinguí también a Prugel, el director del Teatro Regional, y a Karl Tauber, el administrador de la cárcel de Isenbüttel.

Tras un comedido redoble de tambor, el alcalde Uhlenkopp subió al podio. Con una sonrisa que anunciaba algo importante miró a la concurrencia y después bajó la vista hacia los que estábamos en la primera fila. Su saludo «Mis queridos conciudadanos» mereció el primer aplauso. El aplauso más atronador se lo ganó con la siguiente frase:

—También en Grünau ha habido individuos cuyos actos han redundado en beneficio de todos; premiarlos es nuestra forma de agradecérselo.

Tras finalizar su discurso, Pannwitz subió al podio portando con ambas manos una caja negra alargada que depositó sobre una mesa y abrió, de forma que pudimos reconocer los claveles sujetos en fila de tres. El teniente de alcalde dejó que una joven vestida con traje regional le entregase una lista, y a una señal del alcalde llamó al primer candidato. No me asombró que se llamase Alexander Prugel. El director del Teatro Regional se sorprendió o fingió sorpresa y, mientras subía al escenario, leían, resumida, la justificación:

—Compañía teatral popular, acontecimiento cultural, punto culminante de la semana de fiestas de Grünau de la que se ha hecho eco hasta la prensa suprarregional.

Como si lo hubieran convenido, Pannwitz entregó un clavel de metal de la fila superior al alcalde, y este lo sujetó con visible esfuerzo en la solapa del director, la atravesó con el alfiler, aseguró este y, tras comprobar cómo le sentaba la condecoración, optó por darle un abrazo. Se oyeron silbidos y un único bravo a voces.

Jamás hubiera contado con que también condecorasen a Mumpert, el imaginativo árbitro que, cuando lo llamaron, subió al escenario saludando con la mano y, al mencionarse sus méritos, asintió con energía, como si todo mereciese su aprobación incondicional. Yo pude entender que el alcalde ponderase especialmente la eficaz reforma de la Sociedad Gimnástica y Deportiva de Grünau; no entendí que la banda tocase después la *Marcha Radetzky*. Mumpert fue galardonado con el Clavel de Bronce, y con besos que lanzó a la multitud con la mano pareció dar a entender que estaba de acuerdo con el rango de la condecoración; lo mismo el ventrílocuo Peter-Paul Zunz por «sobresaliente aportación artística». Hannes recibió el Clavel de Plata. Yo ya me había hecho a la idea de irme de vacío cuando de pronto escuché mi nombre y título. El aplauso, he de reconocerlo, fue tan débil como alentador el codazo que me propinó el director Prugel cuando lo rocé en el trayecto hacia el escenario. El alcalde me dedicó una mirada larga y ensimismada antes de colocarme una mano encima del hombro y a continuación decir en un tono que sonaba igual que un grito de miedo:

—El futuro. —Y repitió la palabra.

Así que se había dado cuenta de que también Grünau tenía que velar por su futuro, y no existía la menor duda de que era la universidad popular la que iba a afrontar los más importantes retos.

—Este que veis aquí —me señaló— nos ha abierto los ojos para aquello que nos permite estar a la altura del futuro.

Habían decidido por unanimidad concederme el Clavel de Oro. Al alcalde no le fue fácil sujetar a mi solapa la condecoración con alfiler y pasador, y tras lograrlo, dijo:

—Bueno, hecho está.

Pidieron a todos los condecorados que se pusieran en fila, y entonces los grünauenses demostraron hasta dónde puede intensificarse un aplauso… casi empezó a espumar la cerveza que contenían los vasos. En total éramos quince los galardonados con el Clavel de tres clases.

El hecho de que el señor Tauber saliese a veces de la fila y nos dirigiese una mirada escrutadora habría tenido que darme que pensar, en su rostro creí observar incluso una expresión de regocijo, más aún, un atisbo de burla, cuando se detuvo ante mí y me guiñó un ojo. A los sones de *Adiós, vuelve pronto* apareció la joven con traje regional y nos dio a entender que la siguiéramos. Nos condujo fuera del escenario hasta un sombrío pasillo lateral, después ascendimos por una escalera y, finalmente, llegamos al patio trasero del ayuntamiento. Lo primero que vi fue el autobús del Teatro Regional, pero también dos filas de policías de Grünau formando una especie de pasillo desde la salida del ayuntamiento hasta el autobús. Nos detuvimos sorprendidos. Uno de

nosotros, Peter-Paul Zunz, de olfato más desarrollado que nosotros, abandonó la fila, atravesó la hilera de policías y casi había alcanzado la calle cuando un agente le cortó el paso, obligándole a colocar los brazos a la espalda y lo condujo al autobús entregándolo a un colega. Este lo introdujo de un empujón en el autobús sin el menor miramiento. Antes de que también me tratara a mí a baquetazos, señalé mi Clavel de Oro en la solapa, esperando que la condecoración lo indujese, si no al respeto, sí al menos a un trato más cortés; al policía no se le ocurrió otra cosa que dedicarme una sonrisa burlona y empujarme dentro del autobús con el comentario:

—Tranquilo, artista.

Por último subieron el señor Tauber y un conductor uniformado que llevaba una lista, y mientras pasaba de asiento en asiento y se inclinaba hacia los presos preguntándoles, al parecer comparaba algo con las anotaciones de la lista y a veces colocaba la mano encima del hombro al interpelado, en ademán de agradecimiento. Finalmente entregó la lista al señor Tauber, que asintió satisfecho, tomó el micrófono y se dirigió hacia nosotros.

—Queridos presos —dijo—. La justicia tiene su precio —y agregó —: Es mi deber velar para que se cierre el círculo; les ruego comprensión.

A continuación hizo una seña al conductor y el autobús arrancó. Al divisar al alcalde, que observaba la partida, apenas daba crédito a mis ojos; vi con incredulidad cómo ese hombre se quitaba el sombrero y agitaba la mano despidiéndose, mientras parecía gritar algo. Hannes me dio un codazo para llamarme la atención sobre él.

—Demasiado tarde, profesor —susurró—, he vuelto a fracasar, hemos perdido la mejor oportunidad.

Los compañeros callaban; guardaron silencio durante todo el trayecto; cuanto más evidente era que nos aproximábamos a Isenbüttel y a la prisión, más aumentaba su desconcierto, su desconcierto y su agitación; algunos apenas lograban permanecer sentados tranquilamente. Comprendí que Hannes me cogiera la mano y la apretase.

Seguro que a nadie en Isenbüttel se le había dispensado aún semejante bienvenida; después de que el autobús pasara junto a la garita de vigilancia y rodase a través del portón, resonaron silbidos y gritos, presos que regresaban del trabajo en el huerto tamborileaban las regaderas, entrechocaban rastrillo y azada, desde alguna parte un silbato se sumó al alboroto, gritaban y saltaban, y desde las ventanas enrejadas saludaban agitando prendas de ropa. Un espectador desinteresado habría pensado que estaban celebrando el regreso de los vencedores. Al apearnos, varios policías se esforzaron por impedir saludos demasiado vehementes.

Nos dividieron en grupos, los guardias llamaron a los que conocían y de los que se sentían responsables. Hannes estaba a mi lado, y también caminó junto a mí cuando nos condujeron a nuestro módulo. Nos quedamos inmóviles un instante en nuestra vieja celda, casi como si necesitáramos coger aire. Hannes fue el primero en hablar.

—Por si lo has olvidado, profesor, soy Hannes.

No dijo más, se sentó en su catre y enterró la cabeza entre sus brazos; era la imagen de la resignación. A partir de entonces apenas habló, se mostró inapetente y renunció a sus ejercicios físicos. Pasé unos días tristes con un compañero de celda apático; todos mis intentos de animarlo, de despertar siquiera su interés por lo que acontecía en Isenbüttel, fracasaron. Cuando no estaba sentado o tumbado en su catre, pasaba largo tiempo junto a la ventana enrejada mirando hacia el exterior; cuando le preguntaba si había algo allí que mereciese la pena ver, no contestaba. Sin querer, me parecía la imagen del eterno prisionero, atormentado por deseos, una y otra vez convencido de esperanzas que se avivaban, aunque duraban muy poco tiempo. Parecía que Hannes se había dado por vencido, al menos parecía haber aceptado su situación con resignación.

Su estado se tornó aún más preocupante cuando sucedió una desgracia en la celda contigua, una desgracia que más bien hay que calificar de drama personal. El guapo Bolzahn, al que Hannes llamaba su amigo, se había ahorcado. Consiguió cortar en tiras la funda de su almohada, anudarlas y sujetarlas a la reja de la ventana de manera que le sirvieran para su propósito. ¡Menudo tumulto se organizó al descubrirse lo sucedido! Los guardias corrían de un lado a otro, con y sin camilla, ordenándose unos a otros lo que había que hacer, abrieron las puertas de las celdas vecinas, investigaron, se cercioraron, inspeccionaron a todos, casi los habían cacheado. Como en su agitación no habían cerrado nuestra puerta, salimos y escudriñamos a hurtadillas la celda contigua. Cuando vimos a Bolzahn colgado mientras dos guardias se esforzaban por soltarlo cortando las tiras, nos acercamos.

—Fíjate en la boca desencajada —dijo Hannes—, y esa erección que tienen todos los que lo hacen.

Un guardián nos mandó salir. Hannes se tumbó en su catre, con el rostro vuelto hacia la pared, temblando y sollozando quedamente. Me senté a su lado. Le puse una mano encima del hombro. Mi compañero no reaccionó.

Pero de repente se incorporó; cuando en el pasillo se oyeron unos ruidos extraños —de llamada, pero no con los nudillos o el puño, sino con la palma de la mano—, Hannes se levantó, se acercó a la puerta, aguzó el oído unos instantes y a continuación comenzó a golpear la puerta con la palma de la mano. Ante mi inquisitiva mirada,

murmuró:

—Bolzahn, Ferdi Bolzahn. Ahora lo están sacando; este es nuestro último adiós.

Adoptando el mismo ritmo, también yo me despedí de Bolzahn, hasta que Hannes, con lágrimas en los ojos, se metió en su catre.

EL PREMIO

El señor Tauber había vuelto a conseguirlo. Después de la comida apareció en nuestro comedor, ansioso por darnos una alegría. Gracias a la vieja amistad y a la relación cultivada por él, la dirección del Teatro Regional, y sobre todo su director Prugel, le había hecho espontáneamente la propuesta de visitar Isenbüttel, y concretamente con una nueva puesta en escena de la obra *Esperando a Godot*.

—Les espera una gran velada teatral —anunció—. Lo que verán es una pieza de amor a la humanidad.

Y destacó que trataba del calor humano en los momentos bajos de la vida. Utilizó también una frase que habría podido ser mía:

—Quien necesite consuelo… aquí lo hallará.

Hannes gruñó y sacudió la cabeza, mientras lamentaba no haberse quedado en su catre.

—Es para partirse de risa, profesor —susurró—, «calor humano» y encima «amor a la humanidad»: de eso no tenían que hacer propaganda en Oberhausen, pero sí aquí, en Isenbüttel.

Le pregunté a qué venía lo de Oberhausen, y Hannes, el sabelotodo, sabía también que el Teatro Regional estaba de viaje hacia un encuentro teatral en Oberhausen, y que, como Isenbüttel pillaba de camino, pretendían detenerse aquí.

En cuanto se recogieron los platos de las largas mesas, se instaló el escenario, un escenario sencillo, desolado: Primero dos actores con pinta de vagabundos armaron una pared de contrachapado que mostraba una carretera pintada a brocha gorda, que parecía venir de ninguna parte e ir a ninguna parte; después los dos metieron un árbol que llegaba a la altura del pecho y lo colocaron junto a la carretera. Era un árbol seco, extraño, ya al verlo uno creía oír el viento pasando a través de él. Allí querían celebrar el reencuentro los vagabundos, allí esperaban a Godot. Al principio, Hannes escuchó su conversación con moderado interés; en cierto momento le oí suspirar, pero después soltó una carcajada y se partió de risa cuando uno, llamado Estragon, intentó quitarse un zapato, se despojó de él con dificultad, con gran esfuerzo, lo sacudió, lo examinó y decidió dejarlo un rato al aire fresco. De pronto Hannes dijo:

—No, no, no.

Con un gesto de protesta pareció oponerse a lo que los dos vagabundos discutían pues, evaluando la solidez de las ramas, barajaban la posibilidad de ahorcarse, no al mismo tiempo, sino uno detrás de otro. Hannes se levantó. Temblaba. Se despidió de mí frotándome el brazo y se abrió paso por nuestra fila para encaminarse a la salida.

Cuanto más duraba su ausencia, más me inquietaba yo. La reflexión de los dos vagabundos de ahorcarse en el árbol seco parecía haberle afectado en lo más hondo, y yo no descartaba que se viera arrastrado a una acción que podía desembocar en un final trágico. Busqué y busqué, y cuando pensaba que mis temores eran ciertos, descubrí a Hannes en la enfermería. Estaba sentado junto a un compañero que, por lo visto, se había herido trabajando en el huerto. Hannes, con el rostro cubierto de sudor, tomaba sorbitos de un vaso que sostenía con ambas manos. Antes de que le preguntase qué le había sucedido, me preguntó si la obra había terminado, y cuando negué meneando la cabeza, repuso:

—No te lo vas a creer, profesor, yo pensaba que formaba parte de la representación, me sentía dentro de ella. El hombre que escribió eso lo sabía todo sobre mí, y sabía lo que significa esperar, esperar sin esperanza.

—Pero también sucede algo —repliqué—, durante la noche, al árbol le salen hojas de repente; en medio de la desolación, de la tristeza, eso es más que una señal, una señal que dice: La esperanza nunca se pierde.

—Ay, profesor —repuso Hannes—, pero algo persiste, y es la tristeza. No pude evitar pensar en mi amigo, en Ferdi Bolzahn.

La tristeza es la unión más íntima con una persona, la tristeza común. Tras permanecer un rato sumido en sus pensamientos, se levantó de improviso y sonriéndome dijo:

—Vamos, profesor, llévame de vuelta, a lo mejor aún queda algo que ver, algo consolador para terminar.

Me sentí obligado a hacer ese favor a mi compañero.

Regresamos al comedor, observados con asombro por los espectadores de nuestra fila, algunos nos cedieron el paso a regañadientes.

En el escenario no parecía haber sucedido nada especial, al menos eso pensé en un primer momento, mas no tardé en comprender que lo especial era la inmutable, la inquebrantable desesperación. Los dos vagabundos, que seguían esperando a Godot —a aquel lejano Godot que les prometía incluso la salvación—, volvían a barajar la idea de ahorcarse. La cuerda que sujetaba el pantalón se prestaba para ello,

pero comprobaron que no era fiable. Ellos querían volver al día siguiente con una cuerda mejor. Hannes suspiró, y cuando ambos vagabundos decidieron marcharse, aunque se limitaron a quedarse quietos, me cogió la mano, me la apretó y se la llevó al pecho.

—Esos son incapaces de separarse —dije.

—Los tristes tienen que permanecer juntos, están destinados el uno al otro —repuso Hannes.

Mientras los dos deseaban irse y no podían hacerlo, atenazados por un vínculo fatal, los espectadores aplaudieron. Al principio fue un aplauso comedido, que se incrementó cuando Hannes se levantó de improviso y subió al escenario. Nadie sabía qué se proponía. Miramos asombrados cómo se inclinaba ante los dos actores, se acercaba a uno de ellos —era Vladimir—, desprendía sin esfuerzo el Clavel de Plata de la solapa de su chaqueta y se lo colocaba con palabras ininteligibles. Los espectadores se levantaron de un salto, algunos silbando, otros gritando, pateando y aplaudiendo; el señor Prugel, el director del Teatro Regional, quizá no juzgó adecuado ese reconocimiento y se hizo oír con varios gritos de bravo, y como esto tampoco le pareció suficiente, subió al escenario. Acostumbrado a que en determinadas ocasiones se esperase una palabra suya, se dirigió a los espectadores y dijo:

—Ha sido un placer actuar para ustedes, volveremos.

HOJAS

Hannes ya estaba en nuestra celda. Yacía dormido en su catre o fingía dormir, yo me daba cuenta de que permanecía al acecho, esperando algo que solo él conocía y con lo que evidentemente deseaba sorprenderme. Y lo logró. Lo que vi no me dejó más remedio que decir no, no, Hannes, no. Al lado de nuestro armario estaba el árbol, el árbol seco bajo el que los vagabundos habían celebrado su reencuentro. De cerca percibí que algunas ramas estaban atornilladas y algunas roturas aseguradas y reforzadas con cinta adhesiva negra. Hannes se levantó de un salto, rio deleitándose con mi estupefacción y con mi involuntario temor a las posibles consecuencias. Pero antes de que yo manifestase de nuevo mi temor, le confesé a Hannes mi admiración por la decoración de nuestra celda; él se limitó a hacer un cansino gesto de desdén. La idea de birlar el árbol se le ocurrió de repente, cuando ayudaba a recoger el atrezo del Teatro Regional. Se llevó el árbol por las buenas, nadie se lo impidió; lo más difícil fue transportarlo hasta la celda, pero Kuglinski, su guardián favorito, estaba como siempre dispuesto a transigir. Lógicamente Hannes le habría dado algo que seguro que había venido bien a un padre de seis hijos. Hannes lo sabía todo, sus conocimientos le servían.

Él podía sentarse en una silla y clavar la vista en el árbol, ensimismado, con la mirada perdida. A mí no se me escapaba que algo le emocionaba o le agobiaba, pero él se tomaba tiempo para contármelo, a pesar de que una de las experiencias de la celda consiste en hablar, ya sea por motivos de alivio o de arrogancia, hablar de uno mismo y de aquellos cuya vida ha entrado en la propia.

Sin embargo, con la llegada del crepúsculo me confió que nuestra convivencia ya no duraría mucho.

—Lo siento, profesor —comentó—, pero nuestros días están contados. —Y como si quisiera consolarme por anticipado, mencionó cuánto significaba y significaría en el futuro para él nuestra camaradería—. Es imposible olvidar a un colega como tú.

Aún asombrado se ofreció a hacer algo por mí, cumplir un encargo, rectificar uno de mis descuidos, en suma, arreglar algún asunto en mi nombre.

—A lo mejor ha quedado algo que es importante para ti… fuera.

Luego, bajó la voz y me puso al corriente del plan que había trazado con dos compañeros, uno de ellos Mumpert: Querían largarse durante el trabajo en el huerto, hacia el final de la jornada, cuando los guardianes estuvieran cansados; su cuñado, que utilizaba un vehículo para hacer transportes rápidos, estaba en el ajo y esperaría detrás de los baños exteriores, junto a una obra.

—Solo el trabajo en el huerto nos ofrece una oportunidad, profesor, la mejor oportunidad que se puede encontrar aquí. —Y aludiendo a sus pasados intentos de fuga, añadió, sonriendo complacido—: Ya lo ves, profesor, no puedo evitarlo; seguro que esta vez será la última.

Su decisión parecía firme.

En ese momento Kuglinski abrió y le trajo una bolsa de plástico.

—Para ti —le dijo a Hannes, y cuando mi compañero de celda lo miró asombrado, indeciso y sorprendido, añadió—: Lo envía uno de los payasos del Teatro Regional, comentó que te lo olvidaste.

Hannes palpó la bolsa, la agitó un poco, después se acercó a la mesa y volcó el contenido. Para nuestro estupor salieron hojas revoloteando, hojas prensadas, medio secas, algunas agujereadas, otras con una pinza o un lazo, como si estuviesen preparadas para colocarlas en algún sitio.

—Fíjate —dijo Hannes—, pertenecen al árbol, hay que utilizarlas cuando se tercie o según la estación del año.

—Entonces hagámoslo ahora mismo —le animé.

Cogimos las hojas y devolvimos la vida al árbol, un árbol extraño que quería ser varios árboles a la vez, castaño, tilo, incluso acacia; sujetamos a las ramas secas lo que teníamos a mano. Regocijados, caminábamos alrededor del árbol imaginándonos lo sorprendida que se quedaría la gente que entrase en nuestra celda.

—Un milagro botánico —opiné.

Para asombro mío, Hannes añadió:

—El árbol primigenio o el árbol madre del que descienden todos los demás.

Todas las mañanas hacíamos nuestros ejercicios físicos delante del árbol: flexiones, relajaciones de hombros, carreras sin moverse del sitio… Me invadía entonces una sensación inesperada, extraña, yo creía no estar ya tan indefenso a merced del lugar, ni del lugar ni del tiempo. En una ocasión Hannes colocó el árbol delante de la ventana abierta y se levantó un aire que meció suavemente las hojas. No pude evitar pensar en los dos vagabundos señalándose mutuamente que las hojas hablan con sus susurros, con sus murmullos, con sus crujidos, uno de los vagabundos decía saber que las hojas hablan de la vida.

Varios bocinazos nos hicieron acercarnos a la ventana: abajo, en el patio, estaba el autobús del Teatro Regional, igual que antes; entre los pocos actores que se apearon reconocí inmediatamente al que había interpretado a Vladimir. También Hannes lo reconoció:

—Mira, profesor, ese es Vladimir.

El tal Vladimir alzó la vista, recorrió las ventanas, nos descubrió y seguramente también la punta del árbol, sin prestar la menor atención al intento de sus colegas de desenrollar una pancarta y sujetarla a la trasera del autobús. Se limitó a permanecer inmóvil, asegurándose de que también lo veíamos allí abajo, y cuando creyó tener la certeza, nos dio a conocer sus sentimientos, o pensamientos, o intuiciones. No quedaba la menor duda: su representación iba dirigida a Hannes y a mí; sin moverse del sitio, representó un pájaro intentando volar, despacio; como a título de ensayo, extendió sus brazos, los sacudió brevemente y con energía, arriesgó uno, dos brincos, como si quisiera lanzarse al aire batiendo las alas.

—Fíjate en ese payaso, profesor, está loco de atar.

—A lo mejor desea enseñarnos algo —repuse.

Divertidos, contemplamos durante un rato esos curiosos intentos de vuelo; después Vladimir nos sorprendió con una nueva ocurrencia. Apoyado en el autobús, se desató el cinturón que sujetaba sus pantalones, se lo quitó para demostrar su longitud, y después comenzó a hacerlo girar a modo de propulsor. Cuando le pareció suficiente, dejó colgado el cinturón de su hombro y agitó la mano hacia nosotros.

—Está saludándonos —dijo Hannes—. Si no me equivoco, él también quiere decirnos algo.

Ese día recibí la única visita. Yo ignoraba que era día de visita, y me asombré cuando Kuglinski abrió la puerta y me espetó:

—Tú, tienes visita.

Cuando le rocé en el umbral, él ladeó la cabeza y chasqueó la lengua; entonces supe que no se trataba de una visita corriente. Me condujo al cuarto de visitas austeramente amueblado, desde el cual oí voces al acercarme, una de ellas me resultaba conocida. Jamás habría sospechado quién me esperaba. A mi entrada se levantaron cuatro chicas que a una señal de la mano entonaron una canción; cantaron alegremente *Oh, when the Saints* mientras me miraban, radiantes. Eran Anja y Kirsten, y la bella Brigitte, que habían aprobado con sobresaliente, y para mi asombro Isolde Bromfeld, que se había colgado del brazo de Anja y Kirsten. Me quedé tan sorprendido y complacido, que apenas acerté a exclamar:

—¡Señoritas, qué imaginativo reencuentro!

La primera en lanzarse sobre mí fue Brigitte, después Kirsten, me abrazaron y depositaron un rápido beso en mi mejilla; cuando

también Isolde Bromfeld abrió sus brazos, Kuglinski advirtió:

—Nada de contactos, por favor, nada de contactos.

El guardián estaba junto a la ventana, también enrejada, de la sala de visitas. Aunque no se le escapaba ninguno de nuestros movimientos y palabras, se le notaba que le habría gustado anular su presencia.

La rolliza Anja habló por todas. Me llamó «querido y respetado profesor» y se creyó en la obligación de asegurarme, en nombre de sus compañeras, que consideraban una suerte haber tenido en la universidad un profesor como yo.

Admiraba a mis antiguas alumnas, tuve que admitir que habían discutido mi caso y acordado —quizá en un café o en la habitación de Brigitte, asombrosamente espaciosa y con vistas al jardín— visitarme en la cárcel; yo me figuraba que ellas no podían verse sin pensar que la experiencia que compartían conmigo también fue compartida por la otra. Entonces Anja declaró:

—Para nosotras, querido Clemens, eres inocente, completamente inocente. —Mereció una rotunda aprobación.

Como obedeciendo una consigna, Kirsten colocó sobre la mesa una bolsa de lona y comenzó a desempaquetar lo que contenía: vajilla de plástico, tazas, platos, cucharas, cinco cuchillos de plástico y finalmente un pequeño termo. Después retiró el envoltorio de una tarta con forma de plato, y me di cuenta en el acto de que era una tarta de semillas de amapola, mi favorita. El guardia observaba los regalos con creciente atención; Kirsten le tranquilizó:

—Nos lo han autorizado.

Y volviéndose hacia mí recordó que en un seminario yo había analizado, atendiendo una petición, mis poemas favoritos, en el libro *Amapola y memoria*. Al parecer expliqué que la memoria duerme o descansa en la amapola, pero actúa con seguridad cuando se la requiere de nuevo. Nos sentamos a la mesa, Kirsten cortó un trozo de tarta para cada uno, comimos en silencio, y sin embargo tuve la sensación de que al comer celebrábamos nuestra memoria. Anja ofreció un trozo de tarta al guardia, pero este lo rechazó, aunque con cierto pesar.

Desde el primer sorbo me percaté de que el café no era corriente: el aguardiente que le habían añadido predominaba, fuerte y caluroso, obligándome a contraer los labios; las chicas se guiñaban el ojo, seguramente esperaban una palabra mía, una exclamación de sorpresa.

—En la costa a esta bebida le llaman un «fariseo» —dije—, con ella se puede brindar sin reparos, siempre hay motivos, señoritas.

La bella Brigitte volvió a servir a todos, después informó con tono formal:

—Nosotras también tenemos un motivo para estar aquí, estimado profesor, deseamos darle las gracias, y además pedirle permiso. Ahora que le ha sobrevenido esta injusticia, hemos decidido fundar un club en su honor, puede denominarlo club de fans. Llevará el nombre de una época de la historia de las ideas, a la que tú, Clemens, nos abriste los ojos: «Club Tempestad e ímpetu». Nos alegraría contar con tu aprobación.

Me quedé tan perplejo que tras cierta reflexión acerté a decir:

—No hay nada que objetar, señoritas.

Como todas alzaron sus tazas hacia mí, bebí con ellas y después a duras penas pude resistirme a los abrazos y a algunos besos de agradecimiento fogosos e imprecisos. Esta vez el guardia renunció a prohibir los contactos, únicamente observaba con interés lo que sucedía en la sala de visitas. Pero cuando Isolde Bromfeld me rodeó el cuello y colocó mi cabeza junto a su pecho, soltó un sobresaltado:

—¡Ché, ché, ché…!

No creía a Isolde capaz de ese gesto. Consideré también un signo de paz que propusiera celebrar más adelante la verdadera fiesta inaugural, quizá cuando yo pudiera acompañarlas una vez me concedieran el régimen abierto.

Lo que indujo al guardián a fijar el fin del tiempo de visita no resultó evidente, pero sea como fuere anunció:

—Se acabó el tiempo.

Mis visitantes obedecieron la sugerencia, y al despedirse me susurraron algunas palabras de consuelo, de cariño. Me situé junto a la ventana para seguirlas con la vista. En el patio estaba el autobús del Teatro Regional, por lo visto dispuesto a partir. Anja se volvió hacia el conductor, le señaló a sus compañeras, negoció algo, vi que él asentía conforme y abría la puerta del autobús. Las chicas subieron. La pancarta en la trasera del autobús prometía algo que me hizo feliz:

«Hasta la vista en el teatro.»

ASESORAMIENTO

Una mañana entró Kuglinski en nuestra celda y, prescindiendo de saludos, se dirigió inmediatamente a mí y dijo:

—Tú, ven conmigo y ponte la chaqueta.

No pregunté a dónde pretendía llevarme, la expresión de su rostro revelaba que me esperaba algo importante; la forma de esperarme me dio a entender que tenía que darme prisa. El guardia me dejó precederle escaleras abajo y cruzamos el patio de la prisión hasta llegar al edificio más pequeño de todos donde se encontraban las oficinas. No me condujo allí, como había supuesto en un principio. Encima de las oficinas estaba la vivienda oficial del administrador Tauber, y allí me llevó llamando una sola vez a la puerta. Abrió el propio señor Tauber, con un ademán escueto despidió al guardia y me pidió amablemente que entrase. Me rogó que pasara a una vivienda que no invitaba precisamente a permanecer en ella; alrededor de una mesa redonda había tres sillas de respaldo rígido —así al menos me pareció— que obligaban a sentarse de una manera especial, sobre un sofá asombrosamente estrecho se veía un cojín gris con las puntas bien estiradas, sobre la repisa de la ventana un geranio se marchitaba poco a poco mientras disfrutaba del sol. Desde las paredes saludaba una curiosa galería de grabados y fotos, en la que aparecían Fontane y Döblin entre uniformes militares clásicos, al lado de húsares y dragones figuraba un cuadro de un árbol de frondoso follaje bajo el que se leía con letras bien legibles: «El tilo de la justicia»[4]. Era evidente que al señor Tauber le agradaba el interés que la decoración de su habitación había despertado en mí, pues me dejó tiempo para contemplarlo todo. Tras ofrecerme asiento, renunció a las formalidades, manifestando inmediatamente que la razón por la que me había hecho llamar era de naturaleza privada —él llegó a precisar incluso «de naturaleza sumamente privada»—, y añadió que la conversación que deseaba mantener conmigo era confidencial y debía seguir siéndolo, que el lugar en el que se celebraba indicaba su carácter extraordinario; que se hubiera decidido a ella lo explicó diciendo que me consideraba un «hombre de palabra». Tras semejante introducción yo no podía esperar nada grato. El señor Tauber se

remontó muy atrás: tenía un conocido en el Ministerio de Cultura del Land que en varias ocasiones se había mostrado muy útil, se veían con cierta regularidad en esas reuniones denominadas de amigos, siempre en lunes. Poco tiempo atrás el grupo había invitado a un convidado, un lector de editorial, un hombre animadísimo. El señor Tauber aún recordaba su nombre, y lo pronunció con cautela: Nikoleisen. El tal Nikoleisen le había preguntado de sopetón si no le había pasado alguna vez por la cabeza escribir sus memorias, y al parecer le estuvo exponiendo qué vida tan pletórica brindaría eso, cuántas vivencias y experiencias dignas de ser relatadas tenía a su disposición; todo eso sencillamente no podía perderse.

—¿Aceptó su oferta? —pregunté.

—No en ese momento —contestó—, pero cuanto más lo pienso, más me parece que el intento merece la pena, entre otras razones porque detrás estaría una editorial de tanta solera como Hoffmann und Breitner.

—¿Memorias? —inquirí.

—Al menos lo que se entiende por eso —respondió—, un rastro vital con todo lo que se muestra en el camino. La única pregunta es cuán lejos se puede ir. Si es necesario atenerse a lo que a uno le sugiere lo documental, pienso en nombres, en lugares, ahí existen derechos, derechos de autor.

Conseguí disipar sus dudas, al menos hacerle pensar. Aduje que en casi todas las memorias que conocía cabía constatar un elemento de invención; es verdad que el documento jalonaba la existencia narrada, pero toda vida tiene espacios inseguros, circunstancias inciertas cuyo significado sale a relucir mediante la fantasía. Al final me permití suponer:

—A veces la verdad solo puede ser inventada.

Él me miró perplejo. Se mordió los labios. Se levantó con esfuerzo y dijo tan solo:

—Gracias, profesor, el guardia lo conducirá de regreso.

Abajo, en el patio de la prisión, nos topamos con un hombre que nos saludó con exagerada deferencia. Llevaba una especie de mochila y evidentemente se dirigía al huerto. Mientras yo sonreía aún por su extraño saludo, Kuglinski dijo:

—Ese es el pintor, así lo llaman todos aquí. En el pasado también fue actor.

—¿Pintor de verdad? —quise saber.

—No te imaginas el éxito que tenía; cuentan que sus cuadros cuelgan en Florencia, en BadenBaden, incluso en Montevideo, medio mundo picó en su anzuelo.

—¿En su anzuelo?

—Se dice que copió a los grandes maestros, sobre todo a los franceses, fue el mejor de todos los falsificadores, el mejor y el más caro.

Y al cabo de un rato el guardia me preparó por si ese pintor me abordaba algún día y me proponía posar para un retrato, ya había plasmado varios.

—Si lo hace, tienes que acordar antes el precio.

—¿Y el señor Tauber permite esa actividad? —inquirí.

—Hasta ahora el jefe no ha tenido nada que objetar —contestó el guardia—. Una vez, contemplando uno de los retratos, llegó a decir: «Bien, muy bien, si se diera el caso, también puede utilizarse en los casos de busca y captura». Casualmente yo estaba presente cuando lo dijo.

Ya estábamos delante de mi celda cuando él quiso saber todavía si dos de las jóvenes de la sala de visitas era parientes mías, pues creyó haber observado cierto parecido, y para confirmar su impresión, contesté:

—En cierto sentido sí, parientes espirituales.

Sentí que ni siquiera había mentido. Él asintió y me encerró con mi compañero de celda.

Hannes dormía como tantas veces y no quise despertarlo. Sobre la mesa había papel y lápiz, era una carta apenas empezada, pues solo contenía el encabezamiento.

«Querido profesor» se leía, y debajo, con manifiesta resolución: «Querido camarada Clemens». Eso era todo, ni una sola palabra sobre lo que le conmovía o era importante para él. Me imaginé lo que había podido impedirle expresarse: ¿era un agradecimiento por la época que habíamos pasado juntos, una temprana carta de despedida o quizá una cita para tiempos venideros? Me incliné sobre su rostro como si pudiera descubrir en él lo que había querido escribir y transmitirme. Me pregunté también si me quiso contar lo que yo aún ignoraba, con harta frecuencia los relatos se me han antojado aquí un consuelo, a veces un regalo. Jamás supe lo que quiso escribirme.

LA RENUNCIA

Habían acordado abandonar Isenbüttel una tarde de sábado, durante el trabajo en el huerto; pero no lo habían fijado con seguridad, ellos querían vincular su acción a la presencia de ciertos guardias. Mi inquietud crecía. Esperaba oír en cualquier momento el estrépito de pasos, el apresurado abrir y cerrar de puertas, gritos y denuestos. Todo estaba tranquilo. Me senté con mi diario. Recordé mi conversación con Tauber, ahora no dudaba de que él había aceptado la invitación para escribir sus memorias. ¿Qué debía hacer yo si él refería o utilizaba mi caso, quizá creyendo de buena fe que era de interés general? A la pregunta obvia de quién define el interés general no supe dar respuesta en ese momento, y no estaba seguro de si puede haber siquiera un derecho ilimitado a la protección de la personalidad.

De pronto oí pasos que se acercaban y se detuvieron delante de mi puerta. Una llave se introdujo en la cerradura, no hurgando o titubeando, sino con un movimiento breve y decidido, y a continuación Hannes apareció ante mí. Se quedó inmóvil hasta que la puerta se hubo cerrado a sus espaldas. Me escudriñaba, me sopesaba con la mirada, casi como si buscase la confirmación de algo que le preocupaba y le había obligado a actuar. A la orden de Kuglinski: «¡Vamos, muévete de una vez!» entró en la celda y se dejó caer en su catre sin dejar de mirarme de hito en hito.

—¿Qué ha sucedido, Hannes? —pregunté—. ¿No os habéis ido?

Se tomó tiempo para contestar, y al cabo dijo en voz baja:

—Los demás se han escapado en un momento favorable, por lo visto se han fugado con mejor suerte que yo.

—¿Y tú?

—Me lo he pensado mejor —respondió.

Como si no quisiera hablar enseguida de sus motivos, me recordó que yo había cumplido en Isenbüttel la mitad de mi condena, y que a él, si no sucedía nada, le quedaba más o menos el mismo tiempo que a mí.

—¿Y tú? ¿Por qué te has quedado? —insistí.

—Para que lo sepas, Clemens, no quería dejarte solo.

Al principio no dijo más. Por primera vez me había llamado por mi

nombre; involuntariamente alargué mi mano, él pareció no verla.

—No quería dejarte solo, Clemens.

Lio dos cigarrillos, los encendió y me tendió uno. Mientras fumábamos, dijo entre dientes:

—Alguna vez lo he pensado: «Aguantar», todo el mundo tiene que aguantar algo, soportar lo que sabe, lo que le ha sucedido, lo que le contaron, a veces también tiene que aguantar al otro. Contigo todo es más fácil aquí.

Quise darle las gracias, devolverle algo de la confianza y la estimación, pero no llegué a hacerlo, porque de repente oímos el manojo de llaves de Kuglinski, la puerta se abrió y nuestro guardián entró. Sin abrir la boca, nos contempló con escepticismo, desde una cercanía que traslucía su desconfianza; tras una rápida ojeada por la ventana volvió a desaparecer.

—Parece que ya se ha corrido la voz —comentó Hannes, y añadió irónico—: A nosotros, desde luego nos ha reconocido.

Yo le pedí su consentimiento para abrir la ventana, él accedió con un ademán.

Fuera corría una suave brisa que hizo entrar el fresco aire nocturno que movió las hojas de nuestro árbol, haciéndolas oscilar suavemente, girar. Hannes acercó más al árbol la pequeña mesa redonda, después me pidió que tomara asiento y puso ante ambos los dos vasos del anaquel, con una sonrisa que presagiaba algo más. Él contaba con sorprenderme al sacar del armario media botella de vino tinto que depositó sobre la mesa. Antes de que yo pudiera preguntarle, me informó:

—El pintor, Clemens, él puede permitirse aquí muchas cosas, esto es un regalo suyo.

—¿Del pintor?

—Le permiten ciertas cosas; a veces, en determinadas ocasiones, se hace traer incluso su comida favorita, por ejemplo en sus cumpleaños.

—¿Y el administrador lo ha permitido?

—Este jefe no tiene un pelo de tonto; se dice que concede mucha importancia a un nuevo cumplimiento de la condena, y el hecho de que el Teatro Regional venga a Isenbüttel hay que agradecérselo exclusivamente a él.

Hannes se levantó y nos sirvió, pero en lugar de brindar conmigo, sacó un libro de debajo de su almohada, mi libro, y lo puso encima de la mesa. Tras acariciarlo, suspiró:

—Seguro que lo conoces, Clemens. —Y con voz cargada de reproche, añadió—: En la biblioteca de la cárcel no lo tienen, esos son unos incultos, me lo proporcionó Kuglinski.

Mi asombro persistía. Tomé mi libro, lo hojeé por encima, reparé

en algún signo de interrogación y alguna frase subrayada, el que lo había leído lo había hecho con lápiz, mientras hablaba.

—Como ves, he estado ocupado con tu libro, por lo menos lo he intentado, me han quedado algunas tareas pendientes.

—Me alegro, Hannes, creo que ahora sabes más sobre mí, quizá incluso todo.

Mientras lo decía, recordé lo que yo había afirmado con tanta frecuencia de que no se puede escribir sobre otras personas o asuntos sin revelar algo sobre uno mismo. Él tomó su vaso, me miró largamente.

—Antes era muy impaciente —constató—, no podía esperar, me moría de impaciencia. Eso se ha terminado. He deseado que permanezcamos juntos, Clemens. Si quieres, podrías contestar a mis preguntas, tengo muchas preguntas que hacerte.

Ahora su rostro exhibía la expresión de un mudo desafío. Al final preguntó alzando el vaso:

—¿Por qué?

Y como si solo hubiera una respuesta, contesté:

—Por nuestra unión, Hannes, solo por eso.

NOTAS

[1] El personaje se refiere al *Sturm und Drang*, el movimiento literario alemán de la segunda mitad del siglo XVIII,que tomó su nombre de la pieza teatral homónima escrita por Friedrich Maximilian Klinger en 1776. (*N. de la T.*)

[2] Poema «Der frohe Wandersmann», de Joseph von Eichendorff. (*N. de la T.*)

[3] *Der Hofmeister*, tragicomedia de Jakob Michael Reinhold Lenz, perteneciente al *Sturm und Drang*. (*N. de la T.*)

[4] *Gerichtslinde*: árbol grande y viejo situado en un lugar destacado del pueblo donde en la Edad Media se celebraban los concejos vecinales y se administraba justicia. (*N. de la T.*)